

Nina Minina

ALGO **tan**
mágico,
como **TÚ**

*Spin-off de
Algo tan (estúpido) estupendo como el amor*



Nina Minina

ALGO *tan*
mágico,
COMO **TÚ**

Spin-off de
Algo tan (estúpido) estupendo como el amor



Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso del autor. Todos los derechos reservados.

Título original: Algo tan mágico como tú
©NINA MININA, 2018

Diseño de portada: Nina Minina
Maquetación: Nina Minina
ISBN: 9781980517108

A la mejor amiga del mundo mundial.

1

Y VOLVER, VOLVER, VOLVEER

—GRACIAS A TODOS, DE VERDAD. Os estamos muy agradecidos por vuestras muestras de apoyo y cariño. —Le arrebaté el megáfono a Leo, ya que la gente aclamaba mi intervención—. Pero estamos muy cansados y nos gustaría poder entrar en casa.

La gente solícita se abrió en masa, formando un pasillo, que recorrimos entre aplausos y exaltados que reclamaban nuestras manos para tocarlas. Temí incluso que alguien apareciera con un niño y un ramo de flores, en plan *meeting* de Rajoy.

—Leo, no tengo llaves.

—Tranquila, seguro que están todos en casa esperándonos.

Y así era. Andrea gritó al escuchar nuestra voz por el interfono y abrió la puerta. Cuando entramos en el piso, aquello parecía un drama de Lorca.

—Menos mal que habéis llegado. —Andrea corrió a mis brazos y me apretó fuerte contra su pecho.

—Lo siento. Siento que hayas tenido que pasar por todo esto. —Señalé hacia la calle con la cabeza.

—Lo de ahí fuera es lo que menos me importa, lo que me ha dolido profundamente es la traición de esta. —Andrea se apartó de mí y apuntó con el dedo a Sarita que, apartada del resto, lloraba desconsolada en el sofá.

—Lo... lo siento... yo... yo.

—Tú, tú y solo tú. No vale que lo sientas. Has hecho mucho daño a una de las personas que más quiero en la vida —la regañó Andrea, agarrándome la mano y levantando mi brazo.

—Sara, no sé cuánto habrás sacado de todo esto —le dije pausadamente —, pero entenderás que no puedes quedarte ese dinero. No permitiré que especules con la vida de la gente y, mucho menos, con la nuestra.

—De verdad que lo siento. Me vi muy tentada por el equipo de Jorge Javier. Mila Ximénez tiene la culpa, es muy amiga de mi madre. A mí se me escapó y... Quería utilizar el dinero para viajar con Marco y Andrea.

—Contigo no me voy ni a la mierda, Sara —soltó Marco desde la cocina. A las claras se estaba resguardando de su hermano.

—¿Cómo se te ocurrió contárselo, Marco? Soy tu hermano, por el amor de Dios. Deberías saber guardarme un secreto.

—Lo sé —se mesó el pelo con la mirada gacha—, pero Sara me gustaba. Creía que teníamos algo guay, como tú y Malena. ¿Cómo iba a pensar que haría algo así?

—Pues lo ha hecho y, desgraciadamente, no hay vuelta atrás —dije, tirándome en el sofá junto a la traidora.

—Sara, entenderás que no es agradable tu presencia en esta casa. —La aludida asintió a las palabras de Andrea—. Debes abandonar el piso —añadió al borde de las lágrimas.

—Entiendo que también querrás que me vaya yo. —Marcos se levantó del taburete y lanzó el bote de cerveza que se estaba bebiendo a la basura.

—No, tú no.

—¿Quieres que me quede después de todo? —preguntó con un atisbo de esperanza en la voz.

—Sí, Marco. Tú no has hecho nada, solo confiar en una persona a la que supuestamente quieres. No quiero que te vayas.

—¿Por qué no quieres que me vaya, Andrea? —Algo brilló en los ojitos enrojecidos de Marco.

Todos, incluida Sara, miramos a Andrea y después a Marco, y después a Andrea.

—Porque... —Mi amiga suspiró hondo—. Porque te quiero. ¡Hale!, ya lo he dicho. —Levantó el mentón y cerró los ojos muy digna ella.

Aquella revelación nos dejó a todos pasmados. Nunca en mi vida había escuchado decir a Andrea palabras de tal envergadura, y mucho menos a un hombre. Lo que sí quedaba claro como el agua era su predilección por los jovencuelos, y es que Andrea, en su condición de adulta alocada, encajaba mejor con alguien inmaduro que le siguiera todas las locas ideas que se le pasaban por la cabeza.

—¿Me quieres? —dijo Marco con la voz entrecortada.

—Sí, te quiero. Me has hecho sentir cosas que jamás me había hecho sentir nadie, y en solo un mes. Es de locos. Creía que un pene no iba a poder

satisfacerme jamás y ¡ya ves! —Puso los ojos en blanco.

—Me ofende que digas eso —intervino Sara.

—Tú, cállate. No sé cómo aún tienes la poca vergüenza de estar ahí sentada. Y si quieres irte más ofendida todavía, te diré que has sido como un grano en el culo y que tienes la capacidad mental de una ameba.

Sara se levantó de sopetón y, llorando a lágrima viva, corrió hasta la habitación de Andrea para hacerse las maletas.

—¿Te has enamorado de Marco? —le pregunté a mi amiga, que permanecía estática y con la respiración acelerada.

—Sí, no sé, chica, los Alberó tienen un no sé qué y un qué sé yo... —Se dio aire en la cara con las manos.

—¿De mi hermano? —intervino Leo con un hilo de voz.

—Sí, de tu hermano. Es este, ¿no? —Lo señaló y Leo asintió—. Pues sí, hasta las trancas. Miradlo, si parece un querubín.

—Andrea, yo... —Marco dio un paso al frente y se acercó un poco más a Andrea—. Yo no sé si te quiero aún del mismo modo que tú me quieres a mí, pero me gustas mucho y... —Acercó la boca a su oído y lo tapó con la mano para guardar la intimidad de sus palabras, sin ningún éxito—: Me pones muy burro.

—¿Veis lo que os digo? —Mi amiga levantó los brazos y se dirigió a nosotros—: Es un encanto y por eso me gusta.

Lo que Marco le terminaba de decir a Andrea distaba mucho de ser unas encantadoras palabras, pero a ella le gustaba la gente así: directa, mordaz y sin filtro. Parecía encantada de la vida y yo me alegraba por ella. El que seguía en estado catatónico era Leo. Los miraba sin dar crédito.

Los dos tortolitos empezaron a besarse como posesos, obviando el hecho de que estábamos allí presenciando los albores de aquella escena porno.

—Perdonad, pero estamos aquí —comenté para intentar disipar las intenciones de violación que tenía Andrea. No era plan que Leo viera cómo la bestia de mi amiga mancillaba a su pobre hermano en vivo y en directo.

—Lo siento, es que me pone muy bellaca. — Andrea se recolocó el pelo—. Por cierto, Carlos ha llamado y no pocas veces. Me dijo que no le cogíais el maldito teléfono y estaba hasta los cojones, cito literalmente.

—Muy propio de Carlos. —Volteé los ojos.

—Andrea y mi hermano novios —dijo Leo mirando al frente con la vista clavada en el cuadro de la silla voladora.

—Sí, ahora eres el cuñado de una artista conceptual, cariño. —Le di unos

golpecitos suaves en la mano y me reí.

—Pensaba que solo se divertían, pero...

—No irás a juzgarnos, ¿verdad, Leo? Sería impropio de ti. Además, tú y tus malditos libros tenéis la culpa, me habéis ablandado el corazón —comentó Andrea con los brazos en jarras frente a Leo.

—Venga, tío, no dramatices. Eres Lisa Novak, la reina de los romances, de las parejas dispares, del estúpido y loco amor —dijo Marco, agarrando a Andrea por la cintura y cacheándole el culo de paso.

—Mi madre va a sufrir un infarto. —Leo me miró fijamente.

—Oye, ni que yo fuera Cruella de Vil —gritó Andrea ofendida por aquello.

—Mamá estará encantada. Los dos estamos junto a mujeres estupendas.

—Gracias, Marco —tercié en todo aquello—. En eso tu hermano tiene razón. ¿Qué tiene de malo Andrea?

—No tiene nada de malo, pero a veces suelta cosas que para una ama de casa del Cabañal pueden ser desmesuradas.

—No te preocupes, podemos hacer un contrato y me laváis la imagen antes de conocer a la señora Alberó, no te jode.

Aquellas palabras entraron a toda velocidad por los oídos de Leo, impactando en su cerebro y haciéndolo recapacitar un momento. Se había pasado y, viniendo precisamente de él, aquello era de guasa. Andrea era una deslenguada a veces, pero era lista como una liebre y en batallas dialécticas te dejaba más plano que un lenguado.

—Lo siento, Andrea. Soy un idiota. No sé ni cómo se me ha ocurrido decir algo así. —Leo se levantó y la agarró por los hombros—. Mírame, por favor. Después de todo lo que has hecho por nosotros, digo algo tan poco acertado e incierto. Eres una tía cojonuda, creo que la más cojonuda que he conocido en la vida. Perdóname.

—Te voy a perdonar —dijo ella— porque sé que lo has dicho bajo presión. Son demasiadas emociones juntas y creo que es complicado encajarlas todas con entereza. Sé que puedo parecer una loca, pero no lo soy. Soy solo una mujer que de vez en cuando, y solo si le dan en la tecla acertada, tiene capacidad de amar.

—Es muy bonito eso que has dicho.

—¿Verdad? —dijo Andrea jovialmente—. Es de tu libro *En la mirada del otro*.

—¿En serio?

—Totalmente. ¿Acaso no recuerdas lo que escribes? A ver si el demente vas a ser tú.

—Son muchas palabras, no recuerdo cada una de ellas.

—Ay, *cuñao*, escribes tan bonito que nos pones a todas el *coñer* del revés.

2

UNA QUE SE VA DE VACÍO

DESPUÉS DE BRINDAR CON EL ÚLTIMO CARTÓN de Casón Histórico, que guardaba Andrea por nostalgia y empatía con Alimentación Paquita, Sara apareció en el salón con los ojos hinchados y un pañuelo de papel arrugado en la mano. Portaba un *trolley* de abruptas dimensiones con la cara de Piolín estampada en el centro.

—Me voy —dijo con voz queda, sorbiéndose la nariz.

—Espera —le dije yo, acercándome a ella—. La pasta.

—No la tengo aquí, Malena.

—Sí la tienes —afirmó Marco engrescado—. Me la enseñaste orgullosa cuando volviste de esa revista. La guarda en un calcetín grueso... de esos que usan las pijas cuando van a esquiar.

—Serás hija de... —Andrea se mordió el puño para no soltar ese impropio que se le amontonaba en la boca.

—Abre la maleta —grité.

—No lo tengo, lo juro. Lo llevé al banco.

—¡Que abras la maleta! —le volví a gritar.

Sara, con pulso tembloroso, soltó el *trolley* y comenzó a tirar de la cremallera lentamente.

—Como Malena encuentre el calcetín, te juro que te lo vas a tragar. — Andrea se posicionó frente a ella con actitud desafiante.

Sara abrió la maleta como un libro gigante y comencé a rebuscar, revolviendo todas las cosas que había metido con rapidez y sin cuidado alguno. Y entre toda esa vorágine de ropa y objetos sin sentido, tales como una grapadora de unicornio y una lamparita con forma nube, encontré un calcetín Hunter con ribetes rosas, bastante abultado. Lo alcé como si fuera una criadilla de toro y la miré con las cejas fruncidas. Extendí el brazo y, sin apartar la vista de Sara, le pregunté a Marco:

—¿Este calcetín?

—Ese, ese es —contestó.

Al punto Andrea me lo arrebató de las manos y, como una loca posesa, comenzó a propinarle calcetinazos a Sara.

—¡¿Cómo puedes ser tan rastrera, y tan, tan...?! —El calcetín volaba en su mano y este le atizaba golpes secos en todos lados, mientras Sara gemía y temía por su vida. Andrea estaba encarnizada y no tenía intención alguna de parar.

—Para Andrea. Le vas a sacar un ojo. —Agarré a mi amiga y la obligué a detener el ataque.

—Os demandaré por esto —Sara nos retó mientras recogía las cosas de la maleta y la cerraba de nuevo.

—Atrévete e iré a por ti con unas medias llenas de grava —le respondió Andrea con la voz entrecortada por el esfuerzo que había supuesto esa golpiza de calcetín—. Lárgate ya de aquí, asquerosa.

Sara salió del piso arrastrándose con la maleta y bastante dolorida. Normal, había visto cómo ese calcetín le había golpeado repetidas veces en el cogote a peligro de quebrárselo como un frágil huevo de Fabergé. Leo y Marco, visiblemente divertidos, se acercaron y felicitaron a la nueva Hulk Hogan del piso.

—Le has castigado bien el hígado. Eres una Rocky Balboa en potencia, cariño —le dijo Marco, besando su mejilla.

—Llévate cuidado con ella, hermanito. No se anda con tonterías.

—Oh, dejaos de chorradas y veamos cuánta guita ha sacado esa impresentable.

Andrea fue doblando la larga pernera del calcetín térmico hasta que brotó un fajo de billetes de cincuenta, veinte y alguno de cien.

—Aquí debe haber por lo menos tres mil euros —dije yo.

—Recuerdo que le dieron más —apuntó Marco mirando el dinero.

—Se los habrá gastado en cualquier gilipollez —intervino Andrea.

—¿Qué hacemos aquí de rodillas mirando un calcetín? —preguntó Leo —. Resulta un poco asqueroso.

—Está limpio. —Me lo acerqué y lo olí por la punta.

—¿Aun así...?

—¿Queréis ver algo realmente asqueroso? — dijo Andrea, incorporándose y limpiándose las rodillas.

—No nos asustes. —Leo y yo nos pusimos juntitos, muy juntitos, y nos

agarramos las manos.

—Es vomitivo, pero para eso tenéis que tener el estómago lleno. No me perdonaría que os quemarais la garganta con la bilis. No habéis comido nada desde que llegasteis. Preparo algo y os lo enseño. Son tantas cosas que no doy abasto. —Andrea se dirigió a la cocina, dejándonos a los tres frente al caletín millonario.

Leo y yo nos sentamos con Marco a ver la televisión mientras Andrea cocinaba algo de pasta. Olía de maravilla. Era sin duda la matriarca del grupo y tenía buena mano para la cocina, que además era el punto neurálgico de la casa. Todos los problemas y grandes decisiones de los últimos meses se habían tomado alrededor de esa barra americana.

—¿Qué es eso que tiene que contarnos Andrea? —preguntó Leo a su hermano.

—Prefiero que os lo diga ella. El día que sucedió fue a buscar a esa persona, dispuesta a agarrarlo por el cuello. Suerte que llegué a tiempo de que no perpetrara el crimen.

—O sea, ¿qué hay alguien más que se ha beneficiado de todo esto? —supuse yo.

—Digamos que sí, pero que os lo cuente ella. Yo no conozco muy bien al tipo ese.

De pronto supe de quién se trataba, no podía ser de otra manera.

Andrea nos informó de que en cinco minutos la cena estaría lista, así que me levanté y comencé a poner la mesa.

—Es algo sobre Borja, ¿verdad?

—Verdad —respondió ella sirviendo los platos.

—Me lo he imaginado. ¿De verdad fuiste a por él?

—¿Tú qué crees? Después de todo lo que has pasado por su culpa, ese desgraciado ha querido rentabilizar tu fama. Salió en el programa *Dimes y Diretes*, contando cosas personales sobre ti y de lo enamorado que estaba cuando lo dejaste tirado. Toda una sarta de mentiras. Me vi tentada de ir a la televisión para desmentir todo aquello pero, por respeto a ti y a tus padres, me contuve.

—Es un pobre diablo, y tú la mejor amiga del mundo —la abracé por detrás.

—Tú hubieras hecho lo mismo por mí.

—Yo hubiera sacado pasta saliendo en la tele —resoplé—. ¿Sabes que mi madre todavía no se ha dignado a llamarme?

—Dale tiempo. Seguro que bajo toda esa piel bronceada y estirada hay un corazoncito latiendo.

—Supongo. No es consciente de todo el daño que me ha hecho, pero sé que debe estar costándole dormir por las noches.

—Tu madre se toma un ansiolítico y un whisky y duerme como una reina. Hará falta algo más para ablandar ese corazón, pero llegará. —Posó una de sus manos en mi hombro, intentando consolarme.

—¿Sabes?, en el fondo les he perdonado porque ahora soy feliz. No me importa tener parásitos a mi alrededor si tengo a Leo. Borja es un ser infeliz, que vive del postureo y que jamás conseguirá casarse con el tucán de Cayetana. No siento rabia, siento pena.

—Eso es cierto. Caye ha anunciado su boda y la rumorología entre la gente de postín dice que la señora cacatúa no tocaría a Borja Martos ni con un palo.

—¡Pues que le den a Borja! —reí— y a mi madre, bueno a mi madre menos.

Ambas nos reímos y nos abrazamos de nuevo.

La cena estaba deliciosa. Disfrutamos mucho de aquel succulento plato de pasta carbonara mientras visualizábamos en el portátil de Andrea la intervención televisiva de Borja en YouTube. Menudo pedazo de capullo.

No pudimos evitar reírnos de su pelo acartonado por la gomina y por los rodales de sudor a lo Camacho que asomaban por las sobaqueras de su polo CH. Borja se había puesto en evidencia ante las cámaras y esquivaba de mala manera las pullitas que le echaba María Patiño, quien me sorprendió, pues sabía muchas cosas sobre el tema.

Al parecer, no salió muy bien parado. Pero conociendo a Borja, y su afán de protagonismo e interés por lo económico, debió salir triunfal de aquel programa con una sonrisa gigante en su cara de memo, directo a la Joy Eslava para codearse con otros famosillos y encontrar una nueva oportunidad para ir a otro plató a contar sus miserias.

Como le había dicho a Andrea, no sentía odio hacia él, sentía pena y no merecía que se me alteraran los nervios por un individuo así, que me había defraudado a la enésima potencia. Preferí correr un tupido velo y seguir con mi vida.

Lo complicado en ese momento era enfrentarnos a Carlos, él seguía siendo el editor de Leo y tenía que seguir rindiéndole cuentas de cada cosa

que hacía.

—¿Crees que estará muy enfadado con nosotros? —le pregunté a Leo apoyada en su pecho, ya acurrucados en la cama.

—No tiene por qué, no hemos sido nosotros los que hemos filtrado eso a la prensa. Debe estar al corriente, tiene contactos.

—Entonces, ¿qué querrá de nosotros?

—Más bien de mí. Pronto es la presentación del nuevo libro y querrá ver qué hacemos para afrontar este contratiempo.

—No hay contratiempo, hoy ha quedado claro que la gente te adora. Creo que las lectoras se han enamorado un poco más de Lisa al saber que eras tú. —Le acaricié con la yema de los dedos los pelitos del pecho que asomaban por el cuello de su camiseta, provocándome a mí misma una descarga eléctrica en el centro del vientre.

—Es posible, pero donde hay amadores también hay odiadores.

—Lo sé, por desgracia también sé lo que es eso. Pero no me entra en la cabeza que alguien pueda odiarte.

—Eso es porque tú me quieres —dijo, besándome la frente.

—Te quiero mucho, Leo. Has cambiado todo mi mundo.

—Y tú el mío. Y ahora mismo te deseo tanto que creo que me va a explotar la po...

Callé sus palabras con un beso, tenía ganas de Leo, muchas ganas. Tantas, que nos comunicamos con la mirada, así de sencillas eran nuestras conversaciones.

El deseo se apoderó de los dos, recomfortándonos en esa sensación única que hace que te olvides de todo lo negativo del día en un instante. Cuando Leo me miró a los ojos pidiéndome con ellos mi cuerpo, no pude hacer otra cosa que esbozar una amplia sonrisa.

Lentamente fuimos quitándonos la ropa, siguiendo el recorrido de nuestras manos con la mirada, redescubriendo nuestros cuerpos y eligiendo dónde íbamos a dar el primer bocado. Leo se decidió por mi cuello y tras aquel primer mordisquito que me erizó entera, sus labios fueron descendiendo, depositando a su paso un reguero de besitos por mi cuello, pechos, vientre, monte de Venus... Sentí un excitante cosquilleo en el interior de mis muslos cuando su boca se detuvo en mi sexo, abrí las piernas y su lengua me recorrió hábilmente la anatomía mientras sus manos viajaban por mi piel, acariciándome los pechos, pellizcándome los pezones con mimo y poniéndomelos duros y sensibles. Mi abdomen se contrajo y apoyé las manos

en sus hombros.

Grité de placer despreocupadamente, Leo me estaba masturbando con la lengua. Húmeda y tortuosa abordaba mi botoncito del amor, elevándome al cielo estrellado. Magníficas sensaciones me recorrían el cuerpo, sintiendo sus largos dedos hundiéndose dentro de mí, arqueándose contra mi carne, presionándola y excitándola. Yo retorcí las piernas y arqueaba la espalda no pudiendo apenas resistir tanto gusto concentrado en un solo punto. Me estaba matando de placer. Iba a estallar y desintegrarme para luego fusionarme con el resto de estrellas que tocaba con las manos en aquel viaje cósmico en el que nos habíamos inmerso.

Mi boca ansiaba la suya, tiré de su cabeza y le ofrecí los labios. Leo alzó la mirada, los labios mojados de mí, sacó la lengua y volvió a lamerme, los ojos pícaros y divertidos observaban las reacciones de mi rostro. Mis dedos se clavaron en su cuero cabelludo. Su lengua abandonó mi sexo, jugó con mi ombligo, lamió mis pezones. Mis manos tiraron de su pelo. Me mordió sacudiéndome por dentro de placer. Sus dedos me arrancaban jadeos cada vez más desentonados que se iban fundiendo con su respiración desbordada. Dejé escapar un grito y le pedí más. Besó mis labios y de un solo movimiento me colocó a horcajadas sobre sus piernas. Me acomodé para dejarlo entrar, quería sentirlo más dentro, hacerlo más mío. Mi mano guio su erección y sus largos dedos se aferraron a la redondez de mis caderas. De un golpe entró de lleno. La primera embestida me inundó de satisfacción, las siguientes me empujaron a donde reside la dulce agonía del placer desmadrándose. Tomé el mando y balanceé mis caderas. Sus jadeos se extinguían en mi cuello. Mis gemidos se perdían entre su denso cabello. Agarré un buen mechón y lo enrollé en mi mano. Tiré de su cabeza hacia atrás con fuerza y gimió, llamándome «fiera». Aceleré. Sus manos me poseyeron las nalgas, apretándome con la fuerza perfecta, ni mucha ni demasiado poca. Acompasamos los movimientos. El placer comenzó a desbordarse por las sábanas. La armonía de su cuerpo se acopló el mío bailando al ritmo de mis latidos. El concierto de jadeos fue en aumento. Las bocas buscándose y los gemidos encontrándose. Mi espalda se tensó alcanzando el orgasmo. Busqué su boca para succionarla mientras me corría y Leo volvió a la carga. Me dio la vuelta y se tumbó encima. Mis tobillos le rodearon el cuello y empujó bombeando dentro de mí con una sonrisa de satisfacción plasmada en el rostro. «Dame más», supliqué, y aceleró catapultándonos a un éxtasis mágico. Y es que lo nuestro era eso: pura magia.

Después tuve la necesidad de decírselo. Nunca nadie me había hecho sentir con el sexo lo que Leo me hacía sentir. Era tan genial que estaría haciéndolo a todas horas con él, sin importarme el lugar ni la hora o si se me despeinaba el cabello o se me estropeaba el maquillaje.

—Ha sido impresionante. Algo mágico —dijo Leo, dejándome sorprendida. ¿Cómo podíamos complementarnos tanto?

—¿Tú también lo crees?

—Siempre lo es contigo. —Sonrió, besándome la comisura de los labios y deslizando suavemente las yemas de los dedos por mi mejilla—. Tú eres magia.

3

NO TODO SON ROSITAS

DESPERTAR AL LADO DE LEO aún se me antojaba raro a veces. La luz que entraba por la escasa ventana, que daba al patio de luces, alumbraba la mitad de su cara. Posé un leve beso en su mejilla para no despertarlo y salí de la habitación guiada por el maravilloso olor a café. Andrea siempre lo compraba moka y, por alguna extraña razón, nadie lo hacía como ella en la cafetera italiana. Sabía echar la cantidad justa de agua y café para que la mezcla fuera perfecta.

—Buenos días. He echado de menos tu café —le dije a mi amiga.

—Pero si solo has estado once días fuera de casa. No seas exagerada —dijo ella sacudiendo la mano con desdén.

—No exagero. El café inglés es horrible, sabe a agua de fregar. ¿Me preparas uno?

—Me extraña que no hayas ido a Costa Café —comentó, dándome la espalda.

—Sí he ido, pero el tuyo es mejor. ¿Dónde está Marco?

—Se ha levantado temprano para ir a clases de *body pump*. ¿Recuerdas esa loca idea de Reyes de convertirlo en modelo?

—Sí, ¿no me dirás que está...?

—Lo está. No veas la tontuna que lleva con el tema. El mismo día que os fuisteis, la *maricalva* me llamó y vino a casa. Lo está entrenando y metrosexualizando.

—¿Y tú qué opinas de todo eso?

—Yo no opino nada. Es libre de hacer lo que quiera. De repente es el sueño de su vida, ya ves... —volteó los ojos— y yo que creía que su sueño era pasarse la pantalla final del Resident Evil —dijo, poniéndome una taza en las manos.

—Bueno, tal vez sea una utopía y cuando vea lo que eso conlleva cambie

de opinión. Te conozco y sé que no te entusiasma la idea.

—No sé —se encogió de hombros—, no pienso mucho en el futuro. Soy más de vivir el presente.

—Pues yo sí que pienso y mucho últimamente.

—¿Y en qué si puede saberse? —De repente, Andrea abrió mucho los ojos—. Oh, no, ¿no estarás embarazada?

—No, y no grites que despertarás a Leo.

—Qué susto me has dado. No estoy preparada para ser a la vez consorte de un modelo imberbe y tía de un mini Leo.

—He pensado mucho en los buenos ratos que hemos vivido Leo y yo en Londres, y en la posibilidad de trasladarnos allí.

Se me quedó mirando con la ceja levantada.

—¿Y dejarme sola en esta tierra hostil y con esa gente acampada en la puerta de casa?

—¿Aún están ahí? —Corrí a asomarme a uno de los ventanales que daban a Castellana.

—No todos, pero todavía quedan algunos exaltados. Mira, ese nos está saludando. —Andrea levantó la mano y lo saludó alegremente.

Leo tardó una hora más en despertarse y yo aproveché el tiempo en deshacer las maletas, que seguían tal cual habíamos llegado: aparcadas en el salón. Puse una lavadora y encendí el portátil. En la bandeja de entrada de mi e-mail había cincuenta mensajes de revistas y cadenas de televisión, invitándome a reportajes o a sus programas por una cantidad de dinero bastante considerable. ¿De dónde narices habían sacado mi e-mail? Mucho me temía que era otra de las artimañas de Borja, muy dado a seguir alimentando a mi costa el monopolio rosa que se había generado alrededor de los dos. Ni qué decir tiene que fueron todos a la papelera y reportados como *spam*. Cerré el ordenador y vi salir a Leo de mi dormitorio, hablando por teléfono.

—Sí, no te preocupes. En una hora estaremos allí. Gracias por todo, adiós —dijo antes de colgar.

—Buenos días. ¿Con quién hablabas?

—Hola, cariño. Con Carlos, quiere vernos cuanto antes.

—Malas noticias, ¿verdad?

—No, lo cierto es que estaba bastante amable. Parece dispuesto a echarnos una mano.

—¿Una mano en qué exactamente?

—Con todo esto de la prensa. Carlos no es tan malo como piensas, ya te lo he dicho muchas veces.

—No necesitamos esa mano que quiere brindarnos. Está claro que el pueblo te quiere, eres... eres... La nueva Belén Esteban. El rey del pueblo — dije triunfal alzando los brazos.

—Muy graciosa, y tú serás entonces la reina de las calles.

—¿Lo dudabas?

Leo me agarró por la cintura y me aproximó a él, apretándome contra su pecho. Qué guapo era el *jodío*.

—¿Queda café?

—Andrea te ha reservado una taza. La tienes en la encimera.

—¿Dónde están todos? —preguntó, sobándome el trasero sin reparo alguno y esbozó una sonrisa que podría iluminar el mundo entero.

—Andrea se ha marchado a por unas pinturas y tu hermano está en clases de *body pump*.

—¿*Body* qué? —me palmoteó una nalga, mordiéndome el lóbulo de la oreja.

—*Body* —contoneé la cadera y me di la vuelta— *pump* —añadí, golpeándole la entrepierna con el culo, momento que aproveché para envolverme la cintura con las manos—. Por lo visto se ha tomado muy en serio eso que le dijo Reyes de ser modelo y se ha puesto a ello.

—Este chico es una veleta, pero mientras no se meta en líos.

—Déjalo. Además, tiene una institutriz de treinta pisándole los talones. La señorita *Andrewmeyer*.

—Lo cierto es que me preocupa un poco todo esto. No creo que llegue a ningún sitio —comentó separándose de mí. Su rostro estaba repentinamente serio, cosa que me escamó. ¿Leo y yo, ligeritos de ropa, solos en casa y una gran isla a nuestra completa disposición? Algo raro pasaba ahí—. Aunque pensándolo bien, es bastante guapo y tiene estatura, pero es complicado hacerse un hueco en el mundo de la moda. No sé, ese ambiente puede ser demasiado para Marco. Es muy influenciable y no sabe controlarse aún. Es muy joven todavía.

—Tiene veintiún años. —No entendía por qué Leo parecía tan preocupado.

—Sí, pero Marco... —se mesó la larga barba que ya clamaba al cielo de nuevo unas tijeras.

—¿Qué pasa con Marco?

Me miró serio, alargando preocupantemente el silencio.

—Dímelo ya, por favor. Me estás matando con la intriga —dije sin poder aguantar ni un segundo más.

—¿Nunca te has preguntado por qué vive Marco conmigo?

Me encogí de hombros, la verdad es que ni se me había pasado por la cabeza. No sé, pensaba que tal vez era para hacerle compañía.

—Hace un par de años que vive conmigo. Bueno... es... bueno... ya lo conoces un poco —volteó los ojos sonriendo con un deje de cariño— un *nini* de manual. Cuando terminó el bachillerato no quería seguir estudiando y encontró un trabajo de camarero en un pub por las noches y fines de semana... y comenzó a meterse coca y otras drogas de diseño. No sé... yo ya no vivía allí y no podía estar para darme cuenta de ello, pero mi madre le encontró una bolsa con un contenido de pastillas demasiado considerable como para ser de consumo propio. Estaba pasando —asintió levemente, mordiéndose el labio inferior—. Mis padres no sabían qué hacer con él y me propusieron que le invitase a vivir conmigo y alejarlo de toda esa mierda y —se encogió de hombros— me lo traje a mi casa. No he conseguido que estudie de nuevo ni que trabaje, pero al menos lo hemos apartado de ese camino.

—Vaya... —ladeé la cabeza un poco desconcertada por todo aquello—... no me lo esperaba.

—Ya no consume ni tampoco trapichea, tranquila. Estoy seguro de eso.

—No me preocupo por eso, pero, como bien dices, el mundo de la moda puede ser una mala influencia para Marco si no se anda con cabeza.

Asintió y frunció el ceño.

—¿Crees que debería hablar con él y aconsejarle que no siga?

Suspiré fuerte y respondí:

—Creo que no. Si realmente está interesado en esa vía profesional, creo que deberías dejarle intentarlo al menos. El no ya lo tiene... en caso de que se le dé bien, siempre estás tú para aconsejarle y ahora también tiene a Andrea. Y te aseguro —le cogí la mano— que con ella tienes al mejor vigilante de la Tierra para Marco. Andrea es antidrogas total y no le va pasar ni una.

Asintió.

—Está bien, aunque la idea de Marco y Andrea aún me tiene un poco loco. —Sacudió la cabeza.

—La única que está aquí loca soy yo, y es por ti. Me tienes loca, Leo. —Le sonreí, acercándome a él pidiendo guerra de la buena.

A las doce y diez, Leo y yo nos apeamos de su moto y entramos con nuestros cascos en el vestíbulo principal del edificio de Century. Me alegré al ver a la señora de moño italiano sonreír al reconocermme, y solícita se ofreció a guardarnos los cascos tras el mostrador.

Cuando entramos en el ascensor, no pude evitar recordar el primer día que vi a Leo.

—Esto me trae bonitos recuerdos —dije.

—Yo no los describiría como bonitos, pero supongo que fue la primera vez que cruzamos miradas y palabras.

—Por aquel entonces no escuchaba canciones de Kiss. Era una pavisosa.

—Sí, pero guapa. Yo te di miedo, pero tú a mí unas ganas salvajes de empotrarte contra la pared. —Leo se acercó y me acorraló en una esquina, emulando a Christian Grey—. Malena —me susurró al oído.

—Leo —le respondí yo del mismo modo.

—¡Chicos! —gritó una voz pituda, que hizo que nos sobresaltáramos en medio del apasionado beso. Maldito ascensor silencioso de última generación.

—Margarita, qué gusto volver a verte —le dije con voz ronca cuando la tuve enfrente, comprobando que seguía siendo la versión femenina de Sam Bigotes.

—Lo mismo digo, y enhorabuena, siempre pensé que hacíais muy buena pareja.

—Gracias —dijimos los dos, intercambiando una mirada divertida.

—Siento el susto, pero desde recepción nos han avisado de que habíais llegado y Carlos me ha mandado a buscaros.

—No te preocupes. La culpa es nuestra, ha sido inapropiado —dijo Leo.

—Lo vuestro no es nada en comparación a lo que pasó aquí la semana pasada —comentó en voz baja mirando a los lados—. A uno que yo me sé lo pillaron con otra que yo conozco, chupando cosas con escritura de propiedad debajo de la mesa. Desde entonces la llaman *la Chupona* y le ofrecen chupachús a todas horas.

—¿De qué nos estás hablando? —pregunté atónita.

—Nada. No tendría que haberos dicho nada, a veces soy un poco indiscreta.

—Nunca me pareciste indiscreta. Jamás te escuché decir nada fuera de

lugar. Creo que eres una buena chica.

—Gracias, Malena. A veces echo de menos hablar en horario de oficina. La gente suele pasar de mí y sé que me llaman *la Foca*, y no lo entiendo. Pero si no estoy gorda. —Subió y bajó los brazos mostrándonos el cuerpo—. En fin, Carlos os espera. Ya sabéis el camino. Voy a por un café.

¿A qué se refería Margarita con todo aquello? Me había dejado intrigada, ¿sería posible que Robe hubiera sido pillado in fraganti siendo felado, mientras la gente salía a por el bocadillo? Él era muy dado a hacer un uso inadecuado de la oficina durante ese intervalo de tiempo, y no se me ocurría otra persona capaz de algo así, o tal vez sí... ¿Se referiría a Carlos y a Natalia?

Leo llamó con los nudillos en la puerta del despacho de Carlos y él mismo vino a recibirnos.

—Pasad chicos, aquí estáis por fin. La pareja de moda. —Carlos se abrochó el primer botón de la americana. Estaba demasiado simpático, pero un halo de tristeza invadía su cara—. Es un honor teneros aquí de nuevo. Tomad asiento, por favor. ¿Un café, agua, té? —Estaba nervioso, las palabras le salían a propulsión y se atropellaban unas con otras.

—¿Va todo bien, Carlos? —le preguntó Leo, que lo conocía mejor que yo, aunque su raro estado era más que evidente.

—Todo va perfecto. ¿Y vosotros? Se os ve muy felices. Parece que esa niña nos ha hecho un favor, la gente os adora.

—Eso parece, pero insisto, ¿tú estás bien? —volvió a preguntar Leo.

—Yo estoy bien. De verdad, no te preocupes por mí. Tan solo os he hecho venir para disculparme con los dos. He sido un imbécil, no he tenido en cuenta en todo este tiempo vuestros sentimientos. Los vuestros y los de nadie en general, tampoco los de Esther... —En ese instante en el que nombró a su mujer, se vino abajo.

Leo se levantó para consolarlo, se notaba que mi novio apreciaba a ese hombre y, a pesar de todo, sentí lástima por Carlos.

—Esther me ha dejado. Llegó de improviso una tarde. Normalmente me avisan de que viene, pero Esther entró por su cuenta. Lógicamente es mi mujer y no debería pedir permiso. Natalia y yo habíamos estado trabajando juntos en un nuevo proyecto. Una cosa llevó a la otra y acabamos haciendo un Clinton de manual. —Carlos se llevó las manos a la cara—. Cuando la vi ahí parada con dos cafés en la mano, le grité, le dije que debía avisar que venía. Qué estúpido puedo llegar a ser a veces, ¿quién obliga a su mujer a

hacer semejante cosa?

—Nadie —dije sin detenerme a pensar, y Leo me miró y me hizo un gesto de desaprobación con la mirada.

—Hace días que no sé nada de ella. Se marchó de casa y no sé dónde está. ¿Y si le ha pasado algo? —prosiguió hecho un matojo de nervios y desdicha.

—Seguro que está bien, habrá ido a casa de sus padres.

—He llamado y allí no está. Por lo visto, ella tampoco les ha contado nada y se lo agradezco. Si mi suegro se enterara de esto, mi carrera estará arruinada.

—¿Podemos hacer algo por ti? —se ofreció Leo.

—Llámalas. Ella y tú siempre habéis hecho buenas migas. Sé que te confiaba sus manuscritos.

—Lo haré, pero no intentaré convencerla de nada, no puedo hacer eso.

—No quiero que se lo pidas, solo quiero saber que está bien. Y, si es posible, cuando esté preparada, que hable conmigo.

Carlos estaba roto, pude ver que, bajo esa fachada de tipo duro que se gastaba el señor Lane, había un ser humano capaz de arrepentirse y llorar como todos.

—Siento mucho lo que ha pasado. Pero más lo siento por Esther, lo poco que hablé con ella me pareció una mujer encantadora —intervine en un intento de empatizar con la situación de ese hombre, que claramente estaba sufriendo.

—Lo es, y yo un cabrón de mierda.

—No te lo voy a discutir, pero estoy segura de que aceptará hablar contigo y podréis arreglar las cosas de un modo civilizado. No creo que quiera fastidiarte la vida, aunque seguramente sienta que tú has fastidiado la suya. —No podía pasar por alto el hecho que la verdadera víctima en todo ese feo asunto era Esther.

—Os lo agradezco mucho a los dos, y siento de verdad cómo te utilicé, Malena. Siento de todo corazón haber interpuesto mis intereses a tu vida e imagen.

—Bueno, en eso yo también tengo algo que agradecerle. Si no me hubieras elegido a mí para hacer de niñera de Leo —sonreí a mi chico—, no hubiera conocido al amor de mi vida.

—Estoy de acuerdo con ella. A veces los planes no salen como se espera, salen mejor de lo que uno espera —dijo Leo esbozando una sonrisa.

—Me alegra oírlos decir eso, por lo menos he contribuido un poco al amor. Me consuela saber que no destrozo todo lo bueno que tengo en la vida. Porque Leo, eres el mejor autor con el que he trabajado jamás y el que más satisfacciones laborales me ha dado. Espero que todo lo que ha pasado no influya en un futuro y que podamos seguir trabajando juntos.

—No me queda más remedio, me hiciste firmar el contrato de exclusividad más largo de la historia.

—Por negocios, Leo —apuntó Carlos con un amago de sonrisa.

—Lo sé y no te dejaré en la estacada, suelo cumplir todo lo que firmo. — Leo me miró fijamente—. Bueno, casi todo.

4

ESTHER Y SU MUNDO

CUANDO SALIMOS DE CENTURY estuvimos dando vueltas con la moto para intentar digerir todo aquello. Carlos no solo nos había pedido perdón de forma sincera, además, nos había pedido ayuda para conocer el paradero de Esther e intentar que hablara con él. A mí personalmente la idea no me hacía demasiada gracia, no me creía capaz de decirle a nadie que, hubiera pillado a su marido siéndole infiel que, le diera la oportunidad de disculparse. La infidelidad era algo imperdonable en mi cabeza, y la idea de tener una lucha interna con mi moral, no me entusiasmaba realmente.

Leo paró en un parque y me ayudó a bajar de la moto.

—¿Qué hacemos aquí? —le pregunté.

—Demos un paseo antes de llamar a Esther. Sé que la idea no te agrada.

—Verás, llamar para informar a Carlos de que ella está bien no me parece mal. Lo que me parece mal es que intentemos mediar para que hable con Carlos. Yo no le perdonaría algo así.

—¿No me perdonarías si cometiera un error?

—Te perdonaría que te equivocaras tres veces al poner el pin de la tarjeta y la bloquearas un viernes por la tarde, pero que me fueras infiel no.

—Pues yo sí te perdonaría, porque te quiero, y entiendo que, como seres humanos, a veces nos podemos equivocar. Eso no significa que no ames a tu pareja, solo que en ese momento no te amas lo suficiente a ti mismo.

—Quizá tengas razón, pero no se puede pasar por alto el sufrimiento de la persona al sentirse traicionada.

—Por experiencia te diré que el que comete la infidelidad no solo carga con el peso de haber fastidiado a la otra persona, también con el dolor de ser el culpable de esa desdicha.

—¿Por experiencia?

—Soy humano, Malena. Fue hace mucho tiempo y era un adolescente con

las hormonas revolucionadas.

—Aun así, me apetece conocer esa historia, todo lo que me cuentas me ayuda a conocerte mejor y me instruye. Eres muy sabio.

—Solo soy un loco enamorado que intenta impresionarte.

—Pues lo consigues. —Agarré su mano y lo llevé hasta un banco. Leo se sentó y yo me refugié en su regazo con la nariz pegada a su cuello.

—Tenía diecisiete años y ella quince. Nos conocimos en el instituto y salimos durante ocho meses. Era una chica preciosa e inteligente. Carla se llama. Estaba bastante enamorado de ella. —Aquella confesión me puso algo celosa—. Pero una chica de esa edad no podía satisfacer las demandas hormonales de un chico de diecisiete. Una noche que salí por Valencia de fiesta con unos amigos, se me puso a tiro una chavala de diecinueve que lucía un escote a lo Samanta Fox. Lo que pasó después te lo puedes imaginar, en el coche de su padre ni más ni menos. El domingo me lo pasé entero durmiendo la mona y no supe nada de Carla. El lunes, cuando llegué al instituto y la vi, me negó la mirada y salió corriendo. Se había enterado de todo, las mentiras siempre tienen las patas cortas. Por lo visto, la pechugona, de la que no recuerdo ni siquiera el nombre, era la prima de la mejor amiga de la hermana de Carla. Nunca quiso hablar conmigo, lo intenté muchas veces. Me sentí un tonto por haber perdido la virginidad con aquella desconocida y haberle robado a Carla el buen recuerdo de un primer amor. Aquello me pesó durante años. Antes de venirme a Madrid la vi paseando feliz con alguien, la miré y le sonreí, pero ella me apartó la mirada. Tantos años después y aún me odia, no es agradable saber que jodiste la vida a alguien.

—¿Es la protagonista de *La inocencia de Carolina*?

—Sí, ese libro lo hice pensando en ella. Le devolví en letras la historia que debía haber vivido.

—¿Y a mí, me dedicarás un libro?

—A ti te dedicaré toda mi vida.

El resto del paseo lo pasamos entre besos, juegos y caricias. Sin importarnos los viandantes, sin importarnos el tiempo que duraran nuestros arrumacos. Las palabras de Leo siempre generaban buenas vibras en mí. Sus filosofías sobre el amor eran del todo acertadas. Un amor que estaba descubriendo gracias a él. Me ayudaba a comprender muchas cosas, cosas como que el amor no era no decir nunca lo siento, era decir lo siento muchas veces y no

pasar nada.

—Llámala, estoy preparada para actuar en nombre del amor.

—¿Estás segura?, podemos esperar a mañana y hacer sufrir un poco a Carlos —rio.

—No, no quiero que sufra de la misma manera que sufriste tú. Además, me preocupa mucho el estado de Esther. No la conozco mucho, pero como le he dicho me pareció un encanto.

—Entonces no esperemos más.

Leo sacó el móvil y marcó el número de Esther, esperó diez tonos y no obtuvo respuesta.

—Debe olerse que has hablado con Carlos.

—Es posible, pero me extraña que no conteste. Quizá esté ocupada.

—Vayámonos a casa, empieza a hacer frío. Luego lo intentamos otra vez.

Cuando llegamos a casa, Andrea estaba inmersa en un nuevo proyecto creativo en el que Marco sostenía un trofeo hípico con una peluca emulando a Las Virtudes. El pobre estaba posando en una postura forzada y se estaba quejando de que la peluca le picaba.

—¿Te queda mucho? Reyes se va a enfadar conmigo si me salen costras en la cabeza por tu culpa —protestó.

—¿Qué hacéis? —preguntó Leo, mirando las extrañas pintas de su hermano.

—La loca esta, que quiere reflejar no sé qué espíritu de Conchita Wurts. ¿Quién es esa?

—No quieras saberlo todo. Tú estate quieto y pon cara de condescendencia —le dijo Andrea, guiñando un ojo para encuadrar la imagen a través del pincel—. ¿Qué tal ha ido?

—Tampoco sé que significa esa palabreja —volvió a protestar el modelo en ciernes con una gota resbalándole por la sien.

Andrea sacudió la cabeza.

—Bien. Carlos nos ha pedido perdón y nos ha contado que Esther le ha dejado. Por lo visto, lo pilló en plena clase de cantos guturales, tú ya me entiendes —contesté, recolocándole la peluca a Marco.

—Vaya, no diré que lo siento, quien juega con fuego acaba quemándose —comentó Andrea dando pinceladas a lo loco en el lienzo.

—Estaba muy arrepentido y afectado. Haz el favor de empatizar un poco

con las desgracias ajenas —le dije, mirando aquel horrendo cuadro en el que no se distinguía figura humana alguna.

Leo se marchó al baño y su móvil empezó a sonar. No supe qué hacer: dudé si cogerlo o no, ya éramos novios y lo normal era contestar, pero ¿y si le molestaba?

—Cógelo de una vez, o esos guitarreos de loco nos dejarán sordos a todos —gritó Andrea y le hice caso.

—¿Diga?

—¿Malena?

—Sí. ¿Eres Esther? No aparece tu nombre de contacto.

—Lo sé, llamo desde la habitación del hotel.

—Carlos nos ha contado lo que ha pasado. Sé que no somos amigas, pero lo siento mucho. Leo está ocupado, le diré que te vuelva a llamar.

—No, no te preocupes. ¿Podríamos vernos?

—Claro, ¿quieres que vayamos a algún sitio?

—No, mejor voy yo. Decíme la dirección y en una hora estaré allí.

—Me parece bien, apunta...

Le di la dirección del piso. Esos temas era mejor tratarlos en privado. Me sorprendió que fuera ella quien preguntara si podíamos vernos, debía estar pasándolo mal.

Leo salió del baño y le comuniqué que Esther había devuelto la llamada.

—Viene para aquí.

—Así que está en un hotel.

—Eso parece. Se le notaba bastante afectada.

—Pobrecilla, y pobre Marco también. Deja de torturar a mi pobre hermano —dijo Leo, riendo al ver la cara de angustia de Marco.

—Ya termino, no es para tanto —comentó Andrea, limpiando los pinceles en un bote de aguarrás de un color indescriptible.

—¿Que no? —protestó Marco—. Llevo casi dos horas en esta postura, sosteniendo un trofeo que pesa cerca de dos kilos, y una peluca que me está comiendo la piel de la cabeza lentamente.

—Ya puedes moverte. —Andrea le hizo un gesto con la mano y Marco lanzó la peluca por los aires y corrió al baño a aliviarse los picores—. Estos jóvenes no aguantan nada —se lamentó con los ojos en blanco.

—Claro, tú lo has pasado taaan maaal en la vida —le dije entre risas a mi amiga.

Cuando Esther llegó, el piso estaba libre de pinturas y caballetes, y Andrea se había ido con Marco a tomar unas cervezas a Idus. De algún modo tenía que compensar el mal rato que le había hecho pasar al pobre. Eran la pareja más atípica que había visto en la vida, pero se les notaba felices. Había algo en ellos dos que se complementaba a la perfección. Marco había conseguido desbancar el férreo convencimiento de Andrea de sentir animadversión por lo penes. ¿O tal vez había sido Bruno? La cuestión era que Andrea había encontrado en el poliamor el verdadero amor y eso era lo más importante.

—Estoy nerviosa —le dije a Leo, que estaba poniendo música tenue para crear un ambiente confortable.

—¿Por qué?

—Porque en parte me siento responsable de esto. Yo sabía lo de Carlos y Natalia —me lamenté.

—¿Y qué tendrás tú que ver ahí? Tú no podías meterte en esos asuntos. El único culpable es Carlos.

—Lo sé, pero la noche de la presentación de Felicia sentí mucha pena por ella, la vi tan sumisa, tan entregada.

—Muchas personas se comportan así por amor. Ella eligió ese modo de vida, nadie la obligó tampoco.

—Eso es lo que más me molesta, que una mujer esté tan ciega por un hombre que sea capaz de anteponer la felicidad de su marido a la suya. Nadie se merece tanto.

—¿Eso significa que nunca me prepararás la cena ni me traerás las zapatillas? —Leo puso morritos.

—Claro que sí, siempre y cuando, tú también lo hagas por mí. Aunque debo confesarte que cocinar no es mi fuerte.

—Me conformo con que sepas usar el microondas. —Leo me besó la nariz.

Poco después, Esther llamó al timbre. En cuanto la tuvimos delante pudimos apreciar que había perdido peso y que las ojeras le llegaban a la barbilla, aunque seguía viéndose guapa y elegante.

—Pasa. Nos alegramos mucho de verte —Leo la invitó a entrar.

—Gracias por llamarme. Cuando vi la llamada perdida, vi un poco de luz en este pozo.

—¿Y eso por qué? —No entendí qué tipo de luz podía darle Leo en un momento así.

—Porque sé que habéis hablado con Carlos, y me preocupa saber cómo está. No he sido capaz de descolgarle el teléfono, escuchar su voz me duele demasiado. Lo quiero y lo echo de menos.

—El también te quiere, y está pasándolo muy mal. —Leo la dirigió al sofá y la invitó a sentarse.

—Lo sé. Nadie conoce a mi marido como yo, puede parecer un ser despreciable a veces, pero tiene buen corazón.

—¿Tienes pensado perdonarlo? —pregunté.

—Supongo que sí, pero necesito tiempo.

—¿Tanto lo quieres? —volví a preguntar.

—Sí, lo quiero de una manera loca, desmedida quizá, pero no puedo evitarlo. Y espero que tú quieras a Leo de la misma forma irracional. — Esther me miró y me cogió la mano—. No lo dejes escapar.

—No lo haré. —Le sonreí y miré a Leo—. ¿Estás llorando?

—Lo siento... —Leo suspiró y se enjugó las lágrimas con el dorso de la mano—... Es tan bonito eso que habéis dicho.

—¿Nos damos un abrazo colectivo? —sugerí poseída por el espíritu de Andrea.

Ambos asintieron y nos abrazamos en piña, uniendo nuestras fuerzas en nombre del estúpido- estupendo amor.

EN EL RING

LA POCA GENTE, QUE QUEDABA acampada en la calle y nos aplaudía cada vez que salíamos de casa, fue desapareciendo con el paso de los días. Lo que supuso un gran alivio para nosotros, que ya empezábamos a sufrir el síndrome de *El diario de Patricia* con tanto aplauso.

—Hace días que no hacemos algo divertido juntos —dijo Leo de pronto. Estábamos inmersos en un agradable silencio cada uno dedicado a lo suyo: Leo escribir y yo leer.

Levanté una ceja en su dirección y le sonreí picarona. Leo puso los ojos en blanco y estalló en una carcajada que me atravesó de lleno el plexo genital. Y así de golpe ya estaba lista para un combate cuerpo a cuerpo.

—Me refiero a fuera de casa, mente sucia —prosiguió, cucándome el ojo—. Podríamos salir a cenar —propuso, apagando el ordenador.

—¿Hoy?

—Sí, hoy. ¿Tienes algo mejor que hacer?

—No.

—Pues ponte guapa y vayamos a gastar algo de *pastuki*. —Se acercó a la vez que se desperezaba de un modo increíblemente sexy y sentí mis braguitas desintegrándose con cada uno de sus pasos de aproximación.

—Qué bien sienta ser rico, ¿verdad?

—No es el dinero lo que me hace rico. —Me quitó el *ebook* de las manos, tirándolo a un lado, y me arrastró hacia él y me besó.

—Muy cariñoso estás tú... Algo quieres.

—Nada aparte de a ti.

—Suéltalo. —No me creía ni una palabra. Leo tenía algo que contarme o decirme. Estaba demasiado zalamero.

—Tenemos que hablar.

—Esa frase no podía significar nada bueno. Cuando alguien te decía:

«Tenemos que hablar», significaba dos cosas: que te iba a dejar o que había puesto unas tierras a tu nombre y Hacienda te iba a embargar las cuentas.

—No me asustes. ¿Qué pasa?

—No es nada grave, Malena. Vístete, me gustaría hablar del tema delante de un buen vino. No entiendo la afición de Andrea por el vino en tetrabrik.

—Es muy adicta a las filias. Esa es una de las últimas. Está convencida de que si te vendas los ojos y te da a probar un vino caro y uno de tetrabrik no sabrías diferenciarlo.

Me duché con la intriga instaurada en el estómago. Creía que Leo y yo lo habíamos hablado todo. ¿Qué quería decirme?

Elegí un vestido negro de Guess y unos *peep toes nude* de mi época dorada, y me sequé el pelo a lo loco. Para rematar el *look* me puse la chupa de cuero que me regaló Leo el día de su concierto.

—Estás preciosa —me dijo girándome con su mano.

—Tú tampoco estás mal. Veo que aprendiste muchos trucos de Reyes — comenté y deslicé la mirada desde el vello que asomaba por el cuello pico de su camiseta ajustadita y que marcaba su torso divinamente hasta sus piernas enfundadas en unos pitillos negros con rotos a la altura de las rodillas.

—En realidad, ha sido Marco Él tiene esos *tips* más recientes.

—¿Dónde vamos?

—A un sitio que sé que te gusta mucho.

—¿Y cómo lo sabes? Nunca te he dicho qué restaurantes pijos son mis favoritos.

—¿Hace falta que te lo diga? —Ladeó la cabeza.

—Andrea...

—¿Vamos? —Me ofreció el brazo y lo agarré.

Esta vez no fuimos en moto, el frío ya azotaba las noches madrileñas y yo no iba con ropa adecuada para montar en su *burra*. Así la llamaba él, a veces lo poseía el espíritu de Ramoncín.

El taxi nos dejó en la puerta del Ramsés, uno de los restaurantes más *fashion* de la capital. El restaurante destilaba glamur en todos los sentidos, desde la comida hasta la decoración de Philippe Stark. Lo que más me gustaba de ese sitio era la terraza, donde podías cenar mirando directamente a la Puerta de Alcalá, pero el tiempo ya no acompañaba a tal fin, así que finalmente optamos por cenar en Natsuki, uno de los cuatro espacios en los

que estaba dividido el local.

—Has acertado, me encanta este sitio —le dije acomodándome en la silla y mirando alrededor en busca de caras conocidas.

—Lo sé. Andrea hizo la reserva esta mañana.

—¿Y si te hubiera dicho que no?

—Te hubiera raptado para verte con ese vestido. —Me agarró la mano y me besó el dorso.

—¡Mierda! —exclamé de manera impropia en mí.

—¿Te he pinchado con la barba?

—No —sacudí la cabeza disgustada—. Está ahí.

—¿Quién?

—No mires. Borja.

Leo se giró de manera poco discreta y Borja también advirtió entonces nuestra presencia a tres mesas de distancia.

—Nos ha visto, nos ha visto. —Me di aire con la servilleta.

—Relájate. Es él el que tendría que estar preocupado, nosotros no hemos hecho nada.

—Viene para aquí, viene para aquí. —Estaba tan nerviosa que no hacía más que repetir frases.

Leo se tensó, lo noté en su mandíbula alzada.

—Hola, Malena. Veo que sigues nublada por los encantos de este hombre de cromañón —dijo Borja con aires de superioridad y un polo Lacoste más pasado de moda que la colonia de Varón Dandy. Iba camino de convertirse en el nuevo Bertín Osborne.

—Perdona, ¿qué ha dicho? —dijo Leo con la vena del cuello hinchada.

Mordí la servilleta y cerré los ojos, aquello no pintaba demasiado bien.

—Este sitio no te pega nada, Leo Alberó, o, mejor dicho, Lisa. Ese es tu nombre de escritorucha, ¿verdad? No sé ni cómo te han dejado pasar con semejante pinta de pordiosero.

—Tío, te estás ganando una hostia.

—No estaría nada mal. A la prensa le encantará ver cómo pierdes los papeles. Si me agredes podré sacar bastante rentabilidad a un ojito morado —dijo con retintín.

—Tú eres un poquito gilipollas por lo que veo. Malena tenía razón cuando dijo que eras digno de lástima.

Yo no decía nada, seguía allí con los ojos cerrados aferrada a la servilleta. Si Leo decidía darle su merecido a golpe de puño, podría crearse muy mala

prensa de cara al lanzamiento de su nuevo libro. Pero lo cierto era que allí se estaba rifando una torta y Borja llevaba todas las papeletas.

—La que ha sido un poco gilipollas siempre es Malena. Mírala, ahí con los ojos cerrados cogiendo esa servilleta —dijo Borjita de las narices.

—¿Has llamado gilipollas a Malena después de todo lo que le has hecho pasar? —Sentí cómo Leo golpeaba la mesa exasperado.

—Efectivamente. Es tan gilipollas que se las come dobladas siempre y es una fracasada.

No sé ni cómo ni cuándo decidí abrir los ojos y mirar a Borja. Seguramente con los ojos inyectados en sangre. Era como un yorkshire invadido por la mala leche. Solté la servilleta por los aires y me levanté envalentonada. ¿Me había llamado fracasada? Fracasado es aquel que no tiene oficio ni beneficio y vive del cuento y de degradar a los demás. Fracasado es aquel que tiene que engominarse el pelo y parecer una versión rancia de Ken, para que no se le vea el cartón, porque Borja, además, estaba medio calvo y corría en ese momento el peligro de convertirse en calvo entero.

Mi brazo se extendió todo lo largo que era, y hubiera pagado porque alguien me ofreciera en ese momento una goma de butano con caperuza y todo. Cogí aire e impulso. Mi mano tembló durante el recorrido hasta llegar a su carrillo izquierdo. Le di tal sopapo que uno de los puentes de la arcada superior salió disparado, impactando directamente en el ojo de una señora con chaqueta sastre y cardado a lo Pitita Ridruejo.

—Te voy a demandar, Malena Engracia —me amenazó Borja, agarrándose la mejilla marcada con mis cinco dedos y pidiendo hielo como una nenaza.

—Si lo haces, Andrea irá a pegarte con unas medias llenas de grava. Y no te gustará, la he visto hacerlo recientemente y domina la técnica a la perfección.

Borja giró sobre sus talones con un sonoro bufido y salió del restaurante ante la atenta mirada de la gente. Todo el mundo permaneció en silencio un rato, hasta que un exaltado comenzó a aplaudir y los demás le siguieron. El restaurante se convirtió en el teatro de Manolita Chen, y yo era la artista revelación del momento. Cuando los aplausos cesaron y todo el mundo volvió a sus platos y a sus conversaciones, me senté tranquilamente en mi silla.

—Bueno, ¿qué querías contarme?

—Eres... fantástica, Malena. Le has dejado la cara dormida para un par de meses con ese soplamocos —dijo Leo, henchido de orgullo.

—Nadie me llama fracasada, excepto mi madre. —Alcé un dedo.

—Si no te hubieras adelantado, le hubiera pegado yo.

—Tú no debes meterte en esos líos a dos semanas del lanzamiento de tu libro. Además, me sé cuidar solita.

—No lo dudo. Eres la mujer más fuerte que conozco. —Estiró el brazo para acariciarme la mejilla.

—Gracias, pero me duele la mano, igual me he desprendido un tendón, pero ha merecido la pena.

Ambos nos empezamos a reír. Todo con Leo era más fácil, incluso los malos momentos se tornaban divertidos.

—Malena, tengo más claro que nunca que quiero que trabajemos juntos.

—¿Otra vez con eso? Tengo que pensarlo —le repliqué mientras me colocaba la servilleta sobre los muslos.

—No entiendo qué tienes que pensar. Te quiero a mi lado en todos los aspectos de mi vida. Puedes hacerlo, y quieres hacerlo, te lo noto.

—¿Estás seguro? —Levanté la vista y lo miré a los ojos.

—Segurísimo.

—¿Y el dinero?

—¿En serio me estás preguntando eso?

—Sí, no voy a utilizar tu dinero para montarme un negocio propio. Yo no soy Elisa.

—Lo sé, por eso te quiero. —Me cogió la mano por encima de la mesa—. Además, he pensado una cosa.

—¿Qué cosa?

—Esther podría ser tu socia en esto.

—¿Esther? —pregunté extrañada.

—Sí, ya sabes que es una excelente escritora, podría ser tu clienta e invertir un poco en el proyecto.

—¿Cómo voy a pedirle algo así a una desconocida? Me niego. —Negué rotunda con la cabeza.

—No es una desconocida, por lo menos, no para mí. Aunque vaya a darle una oportunidad a Carlos, me consta que desea algo de independencia. Es una oportunidad fantástica para ambas.

—Está bien, me lo pensaré.

—Cuando consigas el primer contrato para ella, podrás comprar su parte.

Sé que ella solo desea publicar sus libros.

—¿Y la otra parte? No puedo pedirles dinero a mis padres.

—La otra parte soy yo.

—No, Leo. No pienso aceptar tu dinero.

—No es mi dinero, es nuestro dinero. No podría seguir siendo Lisa Novak sin ti, te lo debo.

Puse mala cara al recordar que precisamente esa faceta bondadosa suya le había costado muy cara con su ex. Se pasaba de bueno. Me apresuré a replicarle:

—No me debes nada. En todo caso, te lo debo yo a ti. Siento decírtelo, pero Borja está en lo cierto: soy una fracasada. —Agaché la mirada.

—Mírame, Malena. —Me obligó a enfrentarme con sus ojos castaños, cogiendo mi barbilla—. No eres una fracasada, y no quiero escucharte decir eso nunca más, ¿me oyes?

—De acuerdo. Y te repito que lo pensaré.

6

UN ASUNTO ENTRE MANOS

NO SÉ CÓMO ME DEJÉ EMBAUCAR. Me encontraba con Leo en una cafetería del centro, esperando a Esther para hablar sobre el tema de la colaboración. Los dos últimos días me había estado tratando de convencer de diversas maneras, todas ellas muy pero que muy convincentes, ya me entendéis. Leo la había llamado y comentado algo del asunto, y ella había accedido encantada.

—Estoy muy nerviosa —le dije a Leo, frotándome las manos contra el pantalón.

—No entiendo el porqué, es Esther, no el director de Radio Televisión Española.

—Lo sé, pero jamás he pedido dinero a nadie y menos para montar un circo que no me va a llevar a nada.

—Tú deja que hable yo. Conozco muy bien a Esther. Además, ya la he puesto en antecedentes y está encantada con la idea.

Esther llegó puntual, esta vez con mejor aspecto y un nuevo peinado que le sentaba de maravilla. Me alegré mucho de ver que su vida se había reconducido de manera satisfactoria.

—Hola, chicos. Os veo fenomenal —nos dijo, besándonos las mejillas a ambos.

—La que estas fantástica eres tú. Te queda genial ese corte de pelo —le piropeé.

—Gracias, me hacía falta un cambio.

—Entonces... ¿Carlos?

—Carlos y yo lo estamos intentando. Hemos empezado de cero. Yo me he alquilado un pisito en el centro y quedamos para vernos en plan novios. Y debo decir que la experiencia está siendo de lo más gratificante. —Alzó las cejas a lo Groucho Marx.

—Entiendo —reí.

—Contadme, ¿cuáles son esos planes que tenéis?

—Verás, Esther... —empezó Leo, pero lo hice callar, poniendo la mano en alto:

—Quisiera aclarar que la idea es de este novio mío y que está loco como un cencerro.

—Me temo, querida, que Leo está más cuerdo que tú y que yo. Estoy segura de que sea cual sea su idea será fantástica —dijo Esther tan correcta como siempre.

—¿Puedo? —me preguntó Leo con una sonrisa y yo accedí con la cabeza.

—Verás, Esther... Como te dije, Malena será mi nueva representante para las novelas de *thriller*. Y, como es una cabezota y no quiere depender de mi economía para llevar a cabo el proyecto, hemos pensado en ti.

—Y os lo agradezco. Estoy segura de que Malena será una fantástica agente literaria. Y, después de recibir tu llamada, lo hablé con Carlos.

—¿Y qué tiene que ver Carlos en todo esto? —inquirí.

Esther abrió su bolso de Prada y sacó un cheque.

—Ten, esto es tuyo. —Me lo entregó y dudé si cogerlo.

—Pero... Yo se lo devolví. No merezco ese dinero, rompí el contrato.

—No, Malena. Tú has cumplido a la perfección el contrato: has hecho mucho por Lisa Novak y Carlos está muy agradecido contigo. Además, le ayudaste cuando peor lo estaba pasando y te mereces este dinero.

—Acéptalo —me dijo Leo.

—No puedo... Yo... de verdad que no puedo.

—Malena, es tuyo. Monta tu empresa y lánzanos al estrellato a Leo y a mí. No seremos socias, pero contrataré tus servicios.

—¿Y a Carlos no le importará no ser él el que te publique?

—Puedes negociar con Century si quieres. —Esther me guiñó un ojo.

Salimos de la cafetería tras quedar con Esther que me mandaría tres manuscritos esa misma semana. Tenía que leerlos y revisarlos y ver en qué áreas de la industria editorial encajarían. Ella parecía muy confiada en mi criterio, aunque, a decir verdad, Leo se encargó de ponerme por las nubes a la vez que recitaba mi currículum.

—Todo esto es una locura —dije, alzando el cuello de mi chaqueta para cobijarme.

—Nosotros somos una locura. La vida es pura chaladura. Y quiero vivir esa demencia contigo.

—Me dices esas cosas y haces que me venga arriba —le dije tras besarlo.

—Estoy más vivo que nunca, Malena. Te cantaré todos los días.

—¿Podría ser una balada esta vez? —reí.

—¿Quieres escuchar una canción que te pondrá los pelos como escarpas?

—¿Ahora? —pregunté, sorprendida.

—Sí, ahora. Sigamos haciendo locuras. —Leo alzó los brazos y dio una vuelta completa sobre sus pies.

—¿Qué te han puesto en ese café?

—*Me pones tú, y tú, y tú, y solamente tú y tú y tú. Me pones tú, y tú, y tú, y solameente túuuuuuu.* —Leo me cogió en volandas y una ráfaga de aire me pegó en el rostro un panfleto de Carrefour.

—¡Maldito catálogo! —Me lo arranqué de la cara y vi que solo se trataba de una página de la sección de moda joven—. Espera un momento, este no es... —Abrí los ojos, estupefacta—... Marco en calzoncillos.

Leo me arrebató la hoja de propaganda.

—Sí, es él. La madre que lo parió. ¿Esos abdominales son de Marco? —afirmé por completo alucinada, mirando a mi cuñadito con unos escuetos calzoncillos.

—¡Eh! No lo mires tanto que es mi hermanito pequeño.

—Ahora entiendo el enamoramiento de Andrea. Es lista, la pillina. —Le arrebaté el trozo de papel—. Este para mí, que quiero que me lo firme.

Cuando llegamos a casa, Andrea volvía a tener a Marco sodomizado, mientras ella encontraba a su ser místico y lo plasmaba en un lienzo a lo loco.

—Menos mal que habéis vuelto. Decidle algo, tengo los músculos entumecidos —se quejó Marco al borde del llanto.

—Andrea, ¿se puede saber por qué tienes a este pobre chico haciendo la pata coja con una banana en la mano? —le pregunté aguantándome la risa.

—Se lo merece, por enseñar lo que es mío a todas las mujeres de España.

—¿Qué has hecho pedazo de alcornoque? —le gritó Leo.

—No he hecho nada.

—¡¿Nada?! —Andrea soltó el pincel y fue derecha a su habitación, luego salió con una revista en la mano y la abrió por el medio—. Mirad. Sí, es vomitivo, lo sé. Pero ¿veis normal que pose con esa sonrisa con unos

calzoncillos de marca Tex Mex?

—Yo también lo tengo. —Saqué la hoja que había guardado en el bolsillo de mi chaqueta doblada en cuatro partes—. ¿Me lo firmas?

—No, no te lo firma. No apruebo esas ridículas fotos.

—No tienes que aprobarlo, no eres mi madre —le replicó Marco sacando carácter.

—No, pero soy tu novia, tu novia mayor —le reprendió ella moviendo la revista.

—¿Qué es lo que te molesta exactamente? Los modelos hacen esas cosas. No hay catálogos de sotanas.

—Ya sé a qué se dedican los modelos, pero tu mereces salir en otro tipo de revistas. Es un cutre catálogo de Carrefour. Hablaré con Reyes. Te mereces posar con tangas de Gucci.

—Vaya, y yo que creía que estabas celosa por ver a mi hermanito en paños menores —apuntó Leo, quitándole la banana a Marco de la mano para comérsela— y, lo que realmente pasa, es que eres una clasista.

—¿Clasista, yo? —dijo una indignadísima Andrea—. No, guapito. Lo que soy es objetiva. ¿Tú has visto cuántos cuadraditos tiene tu hermano aquí? —preguntó, señalando el abdomen de Marco en la foto.

—Ya sé que quieres lo mejor para mí, pero hay que empezar por cosas pequeñas. Si soy constante y trabajo duro conseguiré ser modelo del Puchi ese —dijo Marco, agarrando las sucias manos de pintura de Andrea.

—Es Gucci.

—Pues *fruchi*.

—Gucci —vocalizó Andrea.

—¿*Gufi*?

—¿Lo ves, Andrea? Es un modelo de verdad. No debes preocuparte —dijo Leo, dándole un coscorrón a su hermano.

PUCHI, FRUCHI, MUCHI, MUCHI

UNA SEMANA DESPUÉS DEL INCIDENTE con el catálogo de Carrefour, Andrea y Marco adoptaron un mantra cansino. Se escuchaba cada dos por tres en la casa y después se encerraban en la habitación a darle al pico y la pala. Incluso un día después de decirse: «*Puchi, fruchi, muchi, muchi*», vi cómo Andrea le pasaba la lengua por toda la cara, como si Marco fuera un Loli Pop de fresa.

—Marcooo —gritó Andrea desde la cocina, interrumpiendo mi concentración en la lectura del manuscrito de Esther—. *Puchi, fruchi, muchi, muchiii*.

—*Puchi, fruchi, muchi, muchi*, yo también —gritó desde la habitación Marco.

—No me fastidies. Se te va a desgastar la lengua de tanto repetir esa chorrada —le dije a mi amiga, que canturreaba en la cocina picando cebolla.

—Me apuesto un kilo de tomates cherry a que Leo también te dirá cositas así.

—No, me dice cosas inteligentes, no *fruchi, luchi, mindoluchi*.

—Mira, igual te copio ese *mindoluchi*.

—Todo tuyo. —Volví a la lectura, pero un olor a romero y reducción de vino me distrajo de nuevo—. ¿No has pensado dejar de pintar y dedicarte a la cocina? Siempre estás metida entre fogones haciendo cosas deliciosas.

—¿Y por qué no puedo dedicarme a las dos cosas? No podría estar todo el día pintando ni todo el día cocinado. Además, el arte se alimenta por el estómago. Son cosas que van unidas por obligación.

—Es la primera vez que escucho eso.

—Porque no eres artista, amiga. Tú eres otra clase de persona.

—¿Y qué clase de persona soy? —Me interesaba mucho lo que tuviera que decir de mí la inventora del *puchi, fruchi, muchi*.

—No te alteres, Malenita. Vos sos más centrada, más responsable, más

tú.

—Más pelotuda —me reí.

—Más *fruchi*, *pelotuchi* —rio Andrea también, cerrando la olla y sentándose a mi lado—. ¿Sabemos algo de doña Mirna de Boscos?

—*Nop* —contesté frunciendo los labios.

—¿Por qué no la llamas? O mejor, ¿por qué no vas a tu casa?

—No me parece buena idea...

—Yo lo haría. No tienes nada que perder y quizá mucho que ganar —me dijo mi amiga, dándome golpecitos en la frente con el dedo.

—¿Y tú?

—¿Yo qué? —Andrea apartó la mirada, sabía por dónde iban los tiros.

—¿Que si has hablado con tu padre sobre lo tuyo? ¿Ya sabe que te has pasado a la dieta Dukan de los chorizos picantones?

—A mi padre le da igual cómo me alimento, pero sí me mandó un mensaje y me dijo que se alegraba de que hubiera recapacitado. No debe saber exactamente qué pasó con Sara, aunque él ya está feliz con que lo hayamos dejado.

—Pues me alegro por ti.

—Bueno, aún no me ha devuelto el saldo de la visa, pero voy tirando.

—¿Qué hay de la exposición en The Cove?

—No he vuelto a hablar del tema con Bruno, de hecho, no he vuelto a ver a Bruno. —Se encogió de hombros.

—Nunca me dijiste qué pasó esa noche con él.

—Porque fue bastante desagradable.

—Cuéntamelo. —Me re Coloqué en el sofá.

—Está bien, pero te aviso que es muy escatológico —me advirtió alzando un dedo y una ceja—. Esa noche me besó y yo vomité.

—¿Vomitaste? ¿Por qué?

—Porque lleva una dieta rara y come dientes de ajo como si fueran Juanolas.

—Dios, qué asco.

—Muy asqueroso. ¿Tú sabes cómo huele un eructo ácido de ajo, cerveza y panchitos?

—No, pero me lo puedo imaginar.

—Pues él se ofendió muchísimo cuando le solté la pota en la boca.

—Normal, ¿cómo te hubiera sentado a ti?

—Peor me sentó a mí el tufillo a mierda pura de sus fauces. —Andrea se

cruzó de brazos.

—Eres muy exagerada.

—Un día te eructaré en la cara tras comerme un ajo y entenderás lo que te digo.

—En ese caso, te entiendo perfectamente. No hace falta que me lo enseñes —le dije entre risas. Mi amiga siempre me endulzaba los días con sus ocurrencias.

Haciendo caso de los consejos de Andrea, al día siguiente reuní el valor suficiente para ir a mi casa y enfrentarme a mis padres una vez más. Pese a sus pasados desaires hacia mi persona, me sentía en la obligación de dar señales de vida e incluso alguna explicación sobre mis actos. El miedo que mi madre me había infundado durante años no se había desvanecido del todo, estaba ahí chisporroteando en silencio entre las cenizas de mi antigua yo. Leo sabía que aquello me suponía lo mismo que escalar el Kilimanjaro con tacones y quiso acompañarme. Pero le dije que no, que era mejor ir sola y empezar a solucionar mis problemas familiares de manera correcta. Aunque mis padres no estuvieran de acuerdo con mis decisiones, debía mantener la calma y dejar que sus palabras entraran y salieran de mis oídos como agua que no mueve molino.

De nuevo le pedí prestado el Mini a Andrea y en menos de una hora me planté en su fabulosa mansión de La Finca. En lugar de entrar por la puerta principal, rodeé la casa y accedí por la de servicio, que daba a la cocina. Tenía intención primero de saludar a Ángela y transmitirle los recuerdos que su hermano me había dado para ella el día que estuve en su restaurante con Roberto. Se me antojaba que había pasado un millón de años desde aquella vez... quizá no tanto, pero mucho tiempo, y, pensándolo bien, solo habían sido un par de meses, muy poco tiempo en realidad, pero muy intenso a la vez. Demasiado. Si algo había aprendido con Leo era a vivir intensamente, cogiendo los retazos de tiempo con las manos y a pintarlos de vivos colores para que nunca más fueran momentos dejados caer en el olvido.

La buena mujer, como siempre, me recibió con un abrazo enorme y dos sonoros besos en las mejillas, gestos que mi madre detestaba y no toleraba de ninguna de las maneras. Por eso, siempre lo hacíamos a escondidas de los suspicaces ojos de Mirna de Boscós. Le pregunté por el humor de mis padres y me respondió que había vivido tiempos mejores con una sonrisa afectuosa

que no consiguió desalojar mi desasosiego. Esa mujer se ganaba muy bien cada euro que le pagaban: mis padres eran cualquier cosa menos soportables. Deseándome buena suerte, la dejé organizando la alacena que, como podréis suponer, bastaría para alimentar a un regimiento durante un año en plena guerra nuclear.

El encuentro con mi madre fue bastante frío, rozando el gélido polar, algo que ya suponía. Mirna no era muy de muestras de cariño. Parecía que tenía implantada en la boca una máquina expendedora de besos minúsculos que otorgaba, con mucho miramiento según quién, en muy contadas ocasiones. Yo no era una excepción. Creo que podría contar con los dedos de las manos todos los besos que me había dado en los últimos dos años.

—¿Te vas a casar con ese melenudo? —me soltó, después de describirle lo feliz que era junto a Leo y transmitirle disculpas de su parte por lo ocurrido el día que se conocieron. Por dentro solté un gruñido descomunal, sin embargo, mantuve mi sonrisa diplomática en los labios—. No deberías casarte con él, lo sabes bien, Malena —insistió con la mirada fija en mí.

En ningún momento había hablado de boda, pero mi madre lo daba por hecho, aun así, no la saqué de su suposición porque, en realidad, me daba igual lo que pensara, y dije sin alterarme ni un poco:

—¿Por qué?

—Pues ¿por qué va a ser, hija? Así seremos todos felices. Si te casas con ese zarrapastroso seremos de nuevo el hazmerreir de la prensa. —Lanzó una carcajada al aire.

«Sí, felices los cuatro, no te joroba», pensé, aguantando a duras penas la necesidad de poner los ojos en blanco.

—¿De qué se ríen tanto mis mujeres? —Mi padre vino hacia nosotras y me dio un beso en la frente antes de tomar asiento en un sillón junto a mi madre.

—Malena tiene noticias —anunció mi madre en un tono tan plano que parecía muerto.

Mi padre me miró con interés y yo asentí animada.

—Tengo un nuevo proyecto en mente.

Frunció el ceño, cosa que no me gustó; no era esa la respuesta que esperaba a mi gran plan.

—¿Dónde?

—Con Leo. Seré su nueva representante literaria.

—¿Crees que es buena idea?

—De las mejores que he tenido nunca.

—Necesitas dinero, ¿verdad? Para eso has venido —intervino mi madre.

—No, madre, no he venido por eso. He venido a limar asperezas. No quiero vivir enfadada eternamente con vosotros.

—¿Serás su chacha?

—No, madre, seré su representante. Leo es un gran escritor y mejor persona. Y lo quiero, lo quiero mucho.

—Pues a mí eso de ser su representante me escama un poco. Con tu posición no deberías perder el tiempo en esos menesteres tan absurdos y, por supuesto, juntarte con otra clase de gente. Ese loco me agredió verbalmente.

Me abstuve de contestarle. En su lugar traté de mantener la calma y dije:

—No quiero discutir, no he venido para eso. Pensaba que te alegrarías de que vinera. Y Leo solo me estaba defendiendo. Llegasteis con muy malos humos y me hiciste mucho daño.

Mi madre me observó con la boca abierta como si la ofendida de todo agravio fuera su persona y luego miró a mi padre, que suspiró armándose de paciencia.

—¿No dices nada, papá? ¿No estás orgulloso de mí? ¿De que haya encontrado el modo de valerme por mí misma? Eso es precisamente lo que estoy haciendo y puedo dar gracias de haberme encontrado con un hombre tan maravilloso como Leo.

Mi padre no era mala persona, pero al igual que mi madre era bastante duro conmigo, muy disciplinado y muy poco dado a expresar satisfacción u orgullo. Ellos encajaban como dos piezas de puzle y por más que me rebanara los sesos no hallaba cómo yo había podido salir tan dispar a mis progenitores compartiendo su genética.

La asistente de mis padres me trajo una copa de vino y le di las gracias, ella asintió con una sonrisa como respuesta a la vez que se retiraba de escena sin darnos la espalda, tal y como a mi madre le gustaba que hiciera. Solo se dio la vuelta cuando su trasero estuvo a punto de chocar contra el ventanal de acceso al salón; tenía los pasos medidos. Ese protocolo de retirada me parecía un tanto ridículo, la verdad, pero no me gustaba cuestionar las órdenes de mi madre. Mirna no llevaba bien que se la contrariase: era muy de protocolos y de fuerte temperamento, saltaba por los aires en nada que le dieras chispa.

Fui a coger la copa y mi madre de reojo captó el movimiento.

—Con la derecha, Malena.

—Madre, soy zurda.

—Puedes serlo en privado, en público eres diestra.

—Estamos en privado.

—Hay que acostumbrar a la mente a comportarse con disciplina, y ese tono de voz no es el adecuado.

Una de las cosas que más me gustaba de haber perdido los derechos y obligaciones de los Altamira, es que en mi actual condición me podía pasar todo ese ridículo protocolo por el forro de las braguitas. Tal vez sonreí al pensarlo, porque de nuevo mi madre vino a buscarme.

—¿Qué te hace tanta gracia, Malena?

—Nada —respondí, tomando la copa con la derecha y llevándomela a la boca para darle un trago (perdonad, un sorbito).

—Debiste aceptar el puesto que te ofreció tu padre y casarte con Borja.

—No considero que ser la esposa de Borja Martos de Castro sea un trabajo. Además, ya sabes que él tampoco quería casarse conmigo —le repliqué tratando de no engrescarme, pese a que Mirna me lo estaba poniendo muy difícil.

—No entiendes nada, Malena Nada.

—Lo entiendo todo perfectamente, pero no es normal que la gente se case con personas que no quiere.

—Pero puedes aprender a quererlo con el tiempo —insistió mi madre.

—Madre, eso no se aprende, eso se siente. Como lo que siento por Leo.

Mi madre bufó con disimulo y le dio otro sorbo a su copa, dejándola en las últimas.

—¿Y prefieres ser su agente o lo que sea que vayas a ser?

—Es un trabajo decente y me puedo ganar un buen dinero. Y si te sirve de consuelo, Leo tiene bastante solvencia.

Mi madre esbozó una sonrisita, pensaba que era imposible que un tipo como Leo tuviera pasta gansa en el banco. Y en su gesto pude adivinar que creía que yo no tardaría en volver al redil, pero estaba muy equivocada.

—Pensaba que esta visita sería más agradable, que te orgullecerías de mí y pudieseis comprender hasta dónde estoy dispuesta a llegar por amor propio y por amor a Leo.

—Estás anteponiendo tu bienestar al de la familia. ¿No te das cuenta del daño que tus decisiones pueden acarrear al negocio? Sabes que...

—Por favor, no me lo puedo creer —dije poniéndome en pie.

—Siéntate —habló mi padre.

—No quiero.

Pero me senté y aguanté el chaparrón sin mover un solo músculo de la cara una vez más. Estaba bien entrenada para ello.

EL SERRUCHO

DECIR QUE LLEGUÉ CON UN HUMOR DE PERROS a casa de Andrea sería algo muy sutil. Había salido de allí cabreadísima y con ganas de cortar cabezas en plan Reina Roja. Leo se encontraba en la isla, tomándose una cerveza mientras hojeaba un libro. Estaba muy pero que muy interesante: barbilla apoyada en mano y ojos entornados. Al verlo casi se me pasó el enfado.

—Hola, bello hombre —lo saludé acercándome para abrazarlo. Necesitaba sentir en mi piel la sensación de hogar que me provocaba estar entre sus brazos.

—¿Lo de *vello* es por la barba? —dijo, afilándosela con una sonrisa muy provocativa.

—Ajá —respondí antes de besar su boca que sabía a cerveza entre otras muchas cosas buenas—. Algún día te la cortaré por la noche mientras duermes —bromeé.

—Ni se te ocurra hacerlo. Me pasa como a Sansón: en mi pelo reside toda mi fuerza. —Explotó en una carcajada.

—Pues entonces no debo arriesgarme, me gustas así de fuerte. —Le toqueteé el brazo y él tensó el bíceps para mí.

—Solo me quieres por mi cuerpo. —Hizo un pucherito.

—¿Lo dudabas? Solo me interesan tus músculos —dije, llevando la mano a su entrepierna.

—Lo sabía. Eres una mujer malvada y despiadada.

—Y más que puedo serlo. —Levanté las cejitas antes de añadir—: Y perversa.

—¿Sabes lo que me apetece hacer ahora? —Sus manos me apresaron las nalgas y me apretó contra su cuerpo.

—Me lo puedo imaginar —respondí sensualmente.

—Ir al cine.

Entorné los ojos y me reí en su cara como respuesta.

—Nunca hemos ido al cine juntos —añadió.

—Está bien, vayamos al cine —dije, como si nada, separándome, pero Leo tiró de mí y volvió a pegarme a él.

—¿Qué pasa, Leonardo? ¿Has cambiado de opinión? —Le mordí la boca y él jadeó.

—No hagas ese gemidito.

—¿Por qué? —gemí en su boca, esta vez con toda la intención.

Su sonrisa de chico malo se desvaneció al punto y me comió la boca como si no hubiera un mañana.

—Aquí no. Pueden volver Andrea o Marco.

—Se han ido al cine hace media hora, no volverán hasta dentro de un buen rato —respondió subiéndome la falda a la vez que bajaba los labios por mis pechos y los aplastaba contra mi vientre—. Además, ¿no dices que eres una perversa? Me encantan estos chismes.

—¿Qué chismes?

Apresó con el puño de mi tanga y me besó el monte de Venus.

—Son tan prácticos.

Abrí las piernas para que pudiera acceder mejor y Leo me empujó contra la isla. De rodillas frente a mí, me quitó las braguitas y hundió la nariz en ellas, cerrando los ojos y suspirando de placer, luego las lanzó lejos. Después me levantó una pierna y se la colocó sobre el hombro para profundizar el contacto entre su boca y mi sexo. La quería sobre mí, arrancándome un orgasmo a lametazos que me hiciera explotar y desintegrarme en millones de estrellas de placer.

En la casa solo se escuchaba el sonido de su lengua lamiendo, mis gemidos en aumento mientras mi cadera le golpeaba la cara. Le agarré el pelo y le hincé los dedos en el cuero cabelludo moviéndolo al ritmo que me gustaba llevar. Me apreté más contra su rostro y él ahondó en mi carne para penetrarme con su lengua. Sus manos me apretaron las nalgas, dirigiéndome las caderas en un vaivén perfecto.

—Voy a correrme. No pares de hacer eso —le dije sintiendo todo mi cuerpo palpar.

Me arqueé y Leo me subió de un movimiento a la bancada, luego se acomodó entre mis piernas mientras yo le clavaba los dedos en el cráneo volviendo a dirigirlo hacia el punto preciso. Lo embistió con unos suaves latigazos que me hicieron gritar de gusto y luego deslizó la lengua por toda mi geografía sexual desde el clítoris hasta el perineo, lamiendo cada centímetro para luego entrar de golpe en mí. Palabras sin sentido empezaron a brotar de mi boca mientras me iba de viaje, las yemas de mis dedos acariciando los cuerpos celestes, su lengua dibujándome un firmamento de placer en el plexo genital. Todas las terminaciones nerviosas de mi cuerpo palpitando en una sincronía preciosa. El calor concentrándose en un punto fantástico antes de explotar en un orgasmo descomunal. No podía

soportarlo. Era demasiado placer y tuve que apartarle la boca mientras explosionaba, retorciéndome y golpeándole la cabeza con los muslos.

—Ha sido brutal —dije mirando el techo de la cocina, después bajé la vista para mirarlo a él y nuestras miradas se encontraron. Sus labios mojados de mí sonreían. Mi pecho subiendo y bajando dibujaba olas en su rostro. Leo se incorporó con el largo cabello hecho un desastre y me besó los labios. Sabía a mí y aquello me gustó. Me gustó tanto que quise follármelo con la boca, hablando pronto y mal.

—Estoy muy hambrienta —dije relamiéndome.

Leo agrandó la sonrisa y bajó la mirada a su entrepierna y yo seguí el mismo recorrido con mis ojos. Su mano tanteó sexi el bulto que evidenciaba el tejido del pantalón de chándal y sonreí.

—Cómo me pone ese gemidito, Malena. Si lo vuelves a hacer te la voy enchufar sin que te dé tiempo a pestañear.

Me moví sobre la isla para bajarme de ella y cuando mis pies tocaron el piso de la cocina, volví a gemir con los ojos clavados en los suyos. Leo me agarró la cabeza y me empujó hacia abajo. De rodillas frente a él, subí las palmas por sus muslos y de un tirón le bajé el pantalón y el calzoncillo hasta las rodillas.

—Mira qué duro estoy —dijo—. Me la pones tan dura que no puedo ni pensar —añadió, cerrando los ojos y soltando un suspiro. Pero qué guapo estaba así de expuesto.

—Sí —aprecié, acercando la mano para acariciarle la erección—. Me apetece mucho comérmela.

—Lo sé —dijo, apoderándose de mi mano para dirigirme el movimiento. La sentía genial entre mis dedos.

—Me la pones muy dura. Métetela en la boca —me pidió con un contoneo de pelvis frente a mí boca.

—No sé si me va a caber —bromeé, mirándosela golosa mientras me relamía la comisura del labio con la punta de la lengua.

—Prueba —me la ofreció como quien ofrece una bandeja de canapés en un cóctel, empuñándola hacia mí—. Es toda tuya.

Me pasé la lengua por los labios antes de darle un lametazo.

—Está muy rica —dije tras chuparle la puntita de un modo infantil.

—Malena, no me tortures, o te la meteré de lleno en esa boquita sin más preámbulos.

—Es que no sé por dónde empezar. —Aparté un poco el rostro divertida,

pero sin dejar de observarle la erección sonrosada, brillante y muy apetecible.

De un empujón me la coló dentro de la boca y gemí sobre ella. Quería decirle que era un perverso y seguir un poco más con ese juego de tira y afloja al que a veces nos gustaba jugar, pero no podía, su polla empujando sobre mi lengua no me dejaba. Estaba ansiosa por darle gusto. Me apliqué en comérsela como si me faltara el oxígeno y fuera a extraerlo de Leo, mientras le recorría la polla en toda su extensión, presionándola arriba y abajo entre mis labios, acariciándole los huevos con la mano derecha y ayudándome con la izquierda a descapullarlo para succionarle la cabeza sonrosada. Gruñó y me agarró la cabeza con las manos, hincándose los dedos entre el cabello, a la vez que arqueaba la espalda para empujarse dentro de mí, y embistió con fuerza, golpeándome la glotis en el segundo empujón. Boqueé un poco debido a una emergente arcada, pero no por eso dejé de succionársela. Leo jadeaba mi nombre y decía que quería verme las tetas y correrse en ellas y yo no dejaba de chupar cada vez más fuerte megaexcitada al ver el placer que le estaba dando. Noté el primer estallido en la boca y él jadeó que se iba a morir de gusto, mientras rezaba unos cuantos Malenas. Yo chupé con más ganas mientras bebía de Leo.

—¡Oh, Dios mío! ¡Mi cocina, mi templo culinario mancillado! — exclamó la voz de Andrea de pronto.

Aparté la cara para ver a mi amiga y Marco en medio del salón con los ojos fuera de sus órbitas, y un último estallido me salpicó la mejilla en ese momento, encumbrando la ya de por sí vergonzosa escena.

—¡Mis corneas! He sufrido un desprendimiento de retina. —Marco se tapó los ojos con las manos—. Mi hermano practicando el serrucho, no voy a poder quitarme esta imagen de la mente jamás.

—Idos a un hotel, o a casa de Leo, por el amor de Dios. Aquí hay casi menores y no quiero que se me quede para vender cupones por vuestra culpa.

Leo se subió el pantalón atropelladamente y yo permanecí de rodillas, tapándome la cara con las dos manos.

—Ni que vosotros no hicierais estas cosas. Las paredes no están insonorizadas —dijo Leo ayudándome a incorporarme.

—No es lo mismo oír que ver. Hemos entrado en la sala Bagdad de sopetón.

—¿No estabais en el cine?

—Sí, pero este —Andrea señaló a Marco que ahora tenía la cabeza hundida en un cojín del sofá— se ha equivocado de pases y no me apetecía

ver la peli de los teleñecos. Pero no me esperaba ver aquí la escena del serrucho.

—¿Qué narices es el serrucho? Es la primera vez que lo oigo —dije, limpiándome la boca con el dorso de la mano.

—Un te agachas y yo te la embucho de toda la vida. Malena, hay que leer más pornografía — comentó Andrea dando *chufonazos* de spray antibacterias en la encimera de la cocina y el suelo—. Además, ¿qué hacéis aún aquí teniendo un piso vacío?

—Sí, hermanito, un poco de intimidad —apuntó Marco, levantando la cabeza para respirar.

—Lo cierto es que no lo habíamos pensado. — Leo se recogió el cabello en una coleta.

—Yo tampoco, la verdad. Aquí nos sentimos como en casa y no me lo había planteado.

—Que os sentís como en casa ya lo veo —comentó Andrea secando el spray con unas servilletas de papel—. No me malinterpretéis, no os estoy echando, os estoy invitando a que empecéis vuestra vida en pareja lejos de mi cocina. Podéis venir cuando queráis.

—Nos iremos ahora mismo —dijo Leo, golpeando la cabeza de Marco con otro cojín—. Mañana volveremos a por nuestras cosas, cogeremos lo justo para pasar la noche.

—Sí, por favor, no puedo mirarte a la cara, te he visto el bastinazo. Ha sido asqueroso —dijo Marco, tapándose los ojos con los dedos.

—Eres muy tonto, Marco, muy pero que muy tonto. —Leo empezó a perder la paciencia con su hermanito.

—Tranquilos, nos iremos en breve, no deberíais haber visto eso. —La cara se me encendió como una tea.

—Lo he visto muchas veces a través de una pantalla, pero no esperaba verte a ti con ese trabuco en la boca, sacudiéndote como una posesa. Tenías el carrillo hinchado como un hámster —comentó Andrea con su gracia natural y espontánea.

—Lo siento. —Agaché la cabeza.

Tras eso, Leo y yo entramos en la que había sido nuestra habitación y metimos algunas cosas básicas en la mochila de Leo. Aquello no nos llevó más de diez minutos.

—Nos vamos, mañana vendremos a por más cosas —dijo Leo al salir del dormitorio.

—Bien. Os echaremos de menos —dijo Andrea con los ojos llorosos. Aunque aquella decisión era la más lógica, bien sabíamos las dos que nos íbamos a echar muchísimo de menos.

—¿Te puedo dar un beso?

—Ni se te ocurra —se apartó de mí—, aún te huele la boca a eso. — Señaló la entrepierna de Leo.

—¿Y un abrazo? —Me reí.

—Eso sí, pero no te pegues mucho a mi nuca. —Se rio ella también.

AMOR, SEXO Y RISAS

ERA CIERTO QUE HABÍAMOS CUMPLIDO UN CICLO en casa de Andrea y que, por alguna extraña razón, ninguno nos habíamos planteado mudarnos al pisito de Leo, vacío y solitario desde que los hermanos pisaron nuestro piso de solteras. Era más la casa de Andrea que la mía, pero era verdad que allí todo el mundo se sentía como en su hogar. Pero estaba lista para ahuecar el ala y empezar de nuevo mi vida con Leo, una vida que me iba a deparar mucha felicidad y alguna que otra sorpresa por el camino.

El piso de Leo estaba tal cual lo dejó. Era un piso de chicos (entiéndase que la casa no tenía estilo alguno), pero había sido su refugio durante mucho tiempo y ya tendría tiempo de adecuarlo un poco. Aunque había una idea que me rondaba la cabeza desde hacía unos días y aproveché el momento de irnos a la cama para planteárselo.

—Aún no me acostumbro a que me veas en pijama. —Me metí rápido en la cama.

—Pues yo te veo preciosa así: despreocupada, feliz y relajada. Además que es como te veré el resto de nuestra vida por las noches. —Me acarició la mejilla.

—Hablando del resto de nuestra vida, ¿crees que viviremos aquí siempre?

—¿A qué te refieres?

—A que cuando estábamos en Londres me sentí demasiado bien como para renunciar a eso.

—¿Me estás diciendo que quieres vivir allí?

—Te estoy diciendo que podría ser una posibilidad.

—Malena, no me importa el sitio donde estemos si es contigo.

—¿Entonces lo pensarás? —Pasé los dedos por su barba.

—No tengo nada que pensar. Ahora no es el momento, tendré que zanjar muchos asuntos aquí antes de tomar una decisión como esa.

—Entiendo —puse morritos—, pero tengamos esa posibilidad presente.

—Todo a su tiempo, acabamos de independizarnos a mi piso y ya quieres irte. —Leo se rio y me alborotó el pelo.

—Ya que lo mencionas, esa silla de escribir tuya podría perderse en la mudanza. Es horrible. No combina con nada de lo que tienes en el piso. En realidad, nada combina con nada, pero esa silla es horrenda.

—Esa silla no se va a perder, y si nos fuéramos a Londres o a Japón esa silla vendría conmigo.

—¿Se puede saber por qué?

—Porque esa silla era de mi abuelo.

—¿También era escritor?

—Sí, frustrado, pero de los buenos. Lo recuerdo siempre sentado en esa silla escribiendo en su cuaderno. Cuando me veía llegar, la sonrisa se le ampliaba y me leía los relatos que había escrito, casi todos de la Guerra Civil, pero había algo mágico en sus palabras, había verdad y sentimiento. Aunque la sufrió siendo un niño, guardaba en su interior muchos recuerdos de aquellos años de barbarie y desdichas. Vicent Alberó era un gran hombre.

—Lo querías mucho, se nota. —Me entristecí al pensar la suerte que tenía Leo de haber vivido en una familia normal, una familia que se quería y no dudaba en demostrar abiertamente el amor que se profesaban los unos a los otros.

—Sí, adoraba a mi abuelo.

—En ese caso, aunque la silla esté demodé vendrá con nosotros. —Lo besé y Leo suspiró.

—Te quiero mucho, Malena. Creía que había perdido la capacidad de amar a alguien sin medida, pero el corazón me estalla como un petardo valenciano cuando estoy contigo.

—¡Estás loco! No quiero ser la causante de tal explosión, aunque a mí también me suena igual que una traca cuando te miro.

La mañana siguiente no me desperté con el delicioso aroma del café de Andrea y sentí cierta morriña. Leo ya no estaba a mi lado en la cama y me levanté para buscarlo.

Se encontraba sentado en la silla de su abuelo, tecleando a toda velocidad en el ordenador que había instalado en la mesa del salón, cerca de la ventana.

—¿Cómo ha llegado la silla hasta aquí? —pregunté, mirándola extrañada,

apoyada en el marco de la puerta.

—Buenos días —se giró y me dedicó una amplia sonrisa—. La necesitaba. Es una de mis pocas manías de escritor. Esta mañana nada más levantarme he llamado a Marco y le he pedido que me la hiciera llegar en taxi.

—¿No podías soportar estar sin ella siquiera unas horas? —comenté entre risas.

Leo negó con la cabeza y me hizo un gesto con las manos para que me sentara en sus rodillas.

—No sé si aguantará el peso de los dos —bromeé acercándome y añadí —: Este ordenador también ha visto tiempos mejores.

—Es viejo, pero funciona perfectamente y le tengo cariño.

—Eres muy enamoradizo tú de lo *vintage*.

—¿No me digas que tienes cien años? —me preguntó llevándose las manos a la cabeza.

—Si los tuviera sería una vampira. ¿Qué haces? —Le señalé con el dedo la pantalla.

—Terminando la nueva novela.

—¿Tan pronto? —Parpadeé sorprendida.

—Ya te dije que soy muy rápido escribiendo. Quiero sorprenderte con ella.

—¿Qué clase de sorpresa?

—Es una novela muy especial, en la que tú me has servido de inspiración.

—¿Yo? —pregunté, llevando los ojos a la pantalla para curiosear las palabras.

—No. —Leo apagó el monitor—. Aún no puedes ver nada. Cuando la termine serás la primera en leerla.

—Está bien —levanté los brazos—. ¿Hay café?

—Frío en la nevera.

—¿Frío?

—Sí, frío. Se me habían terminado las cápsulas y solo me quedan de esos preparados. ¿No te gustan?

—No soy muy amante de los prefabricados, pero me conformaré. Luego iré a hacer la compra; la cocina parece la de una anoréxica.

—Igual podríamos contratar a Andrea por horas para que nos cocine.

—Atrévete a preguntárselo y verás qué pasa — me reí antes de darle un beso y gemí.

—No hagas eso.

—¿Por qué? —dije con voz de golfa y volví a gemir, sabiendo que aquello lo aceleraba en un abrir y cerrar de ojos. Otro gemidito y no podría negarse.

—Porque quiero terminar el capítulo esta mañana y, como me lées, no respondo. Soy muy débil, parece mentira que no lo sepas aún.

—¿No dices que te inspiro? —insistí, apreciando como su erección crecía bajo sus pantalones.

—Me llenas de inspiración y cuando haces ese sonidito —me imitó, cerrando los ojos— me dan muchas ganas de llenarte a ti, pero de otra manera no tan creativa. —Levantó las cejitas y arqueó la cadera para que pudiera notar su excitación. Se me escapó un chorrito del gusto.

—Pues no se hable más, Leo —sacudí la cabeza divertida—. Yo sí que estoy falta de inspiración. Algo aquí —bajé la voz y me toqué el monte de Venus por encima del *short* de seda del pijama— necesita ser llenado con urgencia. ¿No lo oyes? —imité unos latidos a la vez que me presionaba hundiendo los deditos un poco más abajo. Cerré los ojos y volví a gemir—. Te lo está pidiendo. No seas malo y no le hagas sufrir más.

—Eres tremenda —dijo antes de cubrirme la boca con la suya, y otra vez estábamos liados. Hay cosas que urgen en la vida, y esta, sin duda, era una de ellas.

Y por si alguien se lo pregunta llegados a este punto, debo decir que la silla de su abuelo estaba hecha a prueba de terremotos: aguantó muy bien aquel cuerpo a cuerpo de sacudidas y empellones, aunque chirriaba como una condenada, y aquello nos hacía reír como locos. ¿Siempre sería así: amor, sexo y risas?

LOS ALBERÓ

AQUELLA MAÑANA LOS NERVIOS se instauraron en mi estómago de manera permanente. Leo me había dicho unos días antes que le gustaría que fuésemos a Valencia a ver a sus padres. Quería hacer la presentación oficial y que probara la paella de su padre. Y esta vez Marco sí que venía y Andrea también, a pesar de que les insistimos que igual era demasiado pronto, a lo que ella respondió que entre Leo y yo y Marco y ella tan solo había una semana como mucho de diferencia. Y tenía razón, como siempre, Andreíta Orozco, el sumun del saber universal.

A las ocho en punto, tocaron el telefonillo; íbamos a ir los cuatro en el Mini. Coche poco espacioso y algo incómodo para viajes largos, pero era lo que teníamos y Andrea se negó a viajar en avión; le tenía pavor.

—Creo que Leo va a tener que cortarse las piernas para entrar ahí detrás —comenté, mirando los asientos traseros.

—No me seas quejica, encima que os llevo —me replicó Andrea guardando nuestras maletas en el maleterito.

—No caben las maletas de los cuatro —protesté viendo el diminuto espacio.

—Que sí, tonta. ¿No ves que fui experta en Tetrix? —Andrea intentaba encajar el equipaje y finalmente consiguió meterlo todo—. ¿Lo ves, mujer de poca fe?

—¿Dónde está mi hermano? —preguntó Marco que, apoyado en un lateral del Mini, no había movido ni las pestañas mientras su novia hacía todo el trabajo duro.

—Ahora baja. Estaba ultimando unas cosas con Carlos por teléfono: la próxima semana es la presentación de su libro.

—Hablando de eso, Reyes insiste en venir al evento y en vestirlo —comentó Marco.

—No creo que haya problema, de todas maneras, ya había pensado en llamarle. Tu hermano me gusta tal y como es, pero Reyes lo dejará perfecto para el gran día.

—Es un mago de la belleza masculina —afirmó Marco alisándose una arruga invisible de la camisa.

—Y femenina, a nosotras también nos tiene que dejar perfectas para la ocasión. Además, quiero explicarle un par de cositas —intervino Andrea achicando lo ojos.

—No empieces con el tema de los catálogos de supermercados, te lo pido por favor —dijo Marco con los ojos en blanco.

—¿Que no empieza?! Dile a tu cuñada para qué te han llamado esta semana.

—¿Para dónde, Marco? —pregunté divertida con la situación. Parecían llevarse como el perro y el gato, pero en los confines de la intimidad debían llevarse la mar de bien.

—Del Alcampo.

No pude evitar contener una risilla.

—Pero dile más, ¿para qué sección?

—Pesca con caña —respondió Marco con hastío.

—¿Te lo puedes creer? —Andrea me miró indignada—. Pretenden que pose con unas de esas botas de agua hasta el muslo, como un simple pescador de gamburrinos... Y coronar esa preciosa cabeza con un gorro fofo de color caca.

—Qué exagerada eres. Es su trabajo —le repliqué.

—Y lo respeto... Pero pesca, ¿en serio?

Marco negó con cabeza y suspiró un par de veces, hasta que Leo apareció y encontró la escena de la pesca del gamburrino finalizada.

Como había previsto, Leo no podía flexionar las piernas de una manera cómoda, así que optamos por que él condujera y Marco fuera de copiloto. Nosotras éramos más menuditas y nos acoplábamos mejor en el asiento trasero.

—¿Preparadas para conocer a los Alberó en todo su esplendor? —gritó Leo.

—¡Preparadas! —exclamamos al unísono Andrea y yo.

—¿Preparados los Alberó para conocer a Andrea Orozco? —dijo Marco con retintín.

—Perdona, guapito, pero soy una mujer de buenos modales si me lo

propongo. Además, aún no me has contado nada de tus padres, no sé ni cómo se llaman. Ponme al día. —Andrea le dio un manotazo en el hombro.

—Mi madre se llama Amparo y mi padre Paco. Son gente sencilla —le respondió de manera escueta.

—¿Y...? —insistió Andrea.

—Y no debes preocuparte por nada. No tienes que impresionarlos ni nada por el estilo. Solo sé tú misma —concluyó Marco y encendió la radio.

—¡Y eso es exactamente lo que más me preocupa! —exclamó Leo entre risas, provocando una mofa por parte de mi amiga.

—¿Tú no estás nerviosa? —me dijo Andrea haciendo cosas raras con los dedos de las manos.

—No, yo no soy una lesbiana reconvertida que le lleva siete años a su querubín. —Me reí.

—Eres perversa como tu novio y no me ayudas a relajarme.

—Andrea —intervino Leo—, ¿te gusta la paella?

—Mucho.

—Pues tan solo disfruta. Mi padre es el rey de la paella valenciana, además, lleva *garrofones*, que es lo que más te gusta ahora.

Los dos hermanos estallaron en risas, pero nosotras no sabíamos de qué narices se estaban riendo y qué narices eran los *garrofones*.

Cuando llegamos al Cabañal aparcamos el Mini de Andrea sin mucha dificultad a pesar de ser un barrio marítimo y bastante transitado. Y es ahí cuando los nervios empezaron a aflorar en mi interior con mayor intensidad. Había mentido a Andrea y, aunque ella dijera que estaba de los nervios, estaba segura de que los míos los superaban con creces. En el fondo me sentía culpable de todo lo que le había pasado a Leo últimamente, y también el descrédito que habría supuesto para su madre verlo en paños menores en las revistas. Pero Leo me aseguraba que a Amparo esas cosas no le afectaban, que era una mujer de buen humor y que, lejos de preocuparle, le había hecho incluso gracia.

Anduvimos hasta la casa de los suegrísimos y quedé impresionada al ver el lugar a donde pertenecía Leo. Era una imagen bastante bucólica de la costa mediterránea. Las calles eran rectas y largas y se proyectaban hasta el mar. Las fachadas de las casitas adosadas componían un caos cromático sinfín, en el que se mezclaban casi todos los colores posibles junto a una gran presencia

de azulejo tradicional. Un pequeño mosaico de estilos y tonalidades, con un cierto guiño modernista entre medias y mucho libre albedrío. Era sin duda un lugar mágico, tan mágico como Leo.

—Este lugar es simplemente maravilloso —exclamó Andrea a la que también le había impactado aquel lugar tan ecléctico—. No me importaría vivir aquí.

—¿Y a ti, te gusta? —me dijo Leo.

—Me encanta. Es tan mágico como tú.

Leo me sonrió satisfecho con el piropo y Marco se dispuso a abrir la puerta roja que conducía al interior de la casa.

—Ya huelo la comida desde aquí —dijo visiblemente emocionado.

—¿Cuánto hace que no vienes? —le pregunté.

—Un año...

Leo le apretó el hombro y reconfortó a Marco, que estaba algo avergonzado por haber dado tantos disgustos en casa, pero ahora era un chico nuevo con una carrera como modelo en auge, y una novia que, lejos de ser la ideal para una familia tradicional, era estupenda y con carácter para acabar de reconducir a su hijo.

—Mamá, ya hemos llegado —gritó Leo dejando las maletas en el amplio vestíbulo.

—¡Paco, *els xiquets!* —escuché una voz femenina proveniente del interior venir hacia nosotros.

La madre de Leo llegó hasta nosotros, limpiándose las manos en el delantal que llevaba puesto, y se abrazó a sus dos hijos llenándolos de besos como un aspersor. Andrea y yo nos agarramos las manos, la imagen era muy distinta a cualquier estampa familiar que ambas hubiéramos vivido jamás. Ser hija de los Altamira o los Orozco, suponía tener pocas muestras de afecto familiar y aquello era reconfortante y a la vez generaba una envidia sana en nuestro interior.

—Bienvenidas. Tenía muchas ganas de conoceros. Habéis ablandado el corazón de estos dos muchachos y estoy muy contenta de teneros a los cuatro aquí. —Amparo se acercó a nosotras y nos saludó igual que a sus hijos. Los ojos le brillaban como a una niña pequeña.

—El gusto es nuestro —le contesté con un amplia sonrisa y buena educación.

—Malena, eres más guapa al natural que en las revistas. *Mireu que cara tan reboniqueta té!* —Me agarró los mofletes con una mano y me revisó toda

la fisionomía facial—. Y Andrea —hizo lo mismo con ella—, eres impresionante, qué ojos tienes *xiqueta*.

Amparo mezclaba palabras en castellano y valenciano, era una mujer muy arraigada a su denominación de origen, y eso la hacía aún más especial. Era menudita pero esbelta, llevaba el cabello despreocupadamente al natural, de un rubio cobrizo muy favorecedor. Rondaba los cincuenta y muchos, quizá los sesenta, pero radiaba alegría y enseguida nos hizo sentir como en casa.

—¿Dónde están mis dos gamberros? —El padre de Leo y Marco llegó para saludarnos.

—¡Tata! —Marco corrió a abrazarse a su padre. Se podía apreciar que entre ellos dos había un vínculo especial y que el arrepentimiento de haberle fallado tiempo atrás hacía mella en él.

—Tranquilo, hijo, todo está bien —le dijo Paco acariciándole la cabeza.

Leo se acercó y lo abrazó de manera más campechana.

—Y a estas dos mujercitas tan guapas, ¿cómo las habéis engañado? —bromeó Paco, dándonos sonoros besos en las mejillas.

—Un placer, señor Alberó —dijo esta vez Andrea haciendo una genuflexión de lo más inapropiada generando la risa de todos.

—Es la primera vez que una mujer se le pone de esa guisa a mi Paco, ni que fuera el rey —bromeó Amparo entre risas, agarrando a Andrea por los hombros y dirigiéndonos a todos a la estancia principal de aquella casa.

Leo me apartó a un lado y me besó.

—¿Todo bien? —me preguntó.

—Más que bien. Tus padres son estupendos y esta casa es preciosa.

—Son casas marineras. Lo que antes era cutre ahora se ha convertido es lo más *in* de Valencia. Pero sí, tienen un encanto especial. Mis padres conservan muy bien la fachada, la pintan una vez al año, e intentan conservar en su interior todos los elementos que le dan carácter, como por ejemplo este suelo hidráulico.

—De verdad que me encanta. Es simplemente estupenda.

—Luego te enseño mi dormitorio, si te asomas por la ventana y giras la cabeza como la niña de *El exorcista* puedes ver el mar. —Me guiñó un ojo.

—Ya, el mar...

Me zafé de sus brazos y me dirigí a donde estaban los demás, ya tendríamos tiempo de estar solos; estaba feo estar a lo nuestro acabando de conocer a sus padres.

—Espero que tengáis hambre. Amparo se ha vuelto loca y ha preparado

un montón de entrantes. Quiere arrebatarme el título de cocinero oficial y que no lleguéis a la paella.

—Mira que es exagerado, no le hagáis caso *xiquetes*. Solo he preparado coca de butifarra d'Ontinyent, patatas con ajo, unas tapitas de allipebre y arnadí para el postre.

—¡Todo eso! —Marco se llevó las manos a la cabeza.

—Lo que sobre se guarda, tendremos que cenar también. ¿No querréis que me pase el día cocinando? *Lo fet, fet está*.

La comida estaba deliciosa y los seis disfrutamos de las ocurrencias de Andrea, que parecía estar cayendo en gracia a nuestra suegra. La idea de compartir con mi mejor amiga aquella familia era algo inesperado, pero muy agradable para mí. Habíamos pasado el nivel de amistad suprema para convertirnos en cuñadas, pero, en realidad, ella y yo éramos más que amigas: sentía que era mi hermana y, felices los cuatro, éramos una caricatura moderna de dos hermanas para dos hermanos.

—Mamá, estamos cansados por el viaje, vamos a echarnos un ratito.

—Me parece perfecto, creo que los condones siguen en el tercer cajón de tu mesita, pero mira que no estén caducados —dijo Amparo como si nada recogiendo los platos.

—¡Mamá! —protestó Leo.

—¿Qué? ¿Te crees que me chupo el dedo? ¿Qué te crees que hicimos tu padre y yo después de la presentación oficial en casa de la *iaia*?

Leo la miró con los ojos abiertos como platos.

—Eran otros tiempos, pero nos las apañábamos. ¿Quieres que te explique de dónde habéis salido tu hermano y tú? —dijo divertida poniendo los brazos en jarras.

—Me gusta esta mujer —dijo Andrea, posicionándose a su lado y pasándole el brazo por los hombros—. Nosotros también vamos a echarnos un ratito, pero no sufras, Ampa, los condones los he traído yo.

—Tira para arriba. —Marco tiró del brazo de Andrea y se la llevó antes de que soltara alguna cosa más que pudiera escandalizar a sus padres, aunque, visto lo visto, Amparo era mucha Amparo.

La dejamos recogiendo la mesa, mientras Paco dormía con la boca abierta en un sillón orejero inflando y desinflando la barriga. Insistí mucho en ayudarla, pero se negó en rotundo.

La casa de los Alberó constaba de dos plantas, y las habitaciones se encontraban en la planta superior. La habitación de Leo tenía un aire bohemio

y el mismo carácter tradicional que el resto de la casa. En el centro de la misma estaba la que había sido su cama, coronada con un cabecero antiguo blanco decapado. Era precioso y quise saber su procedencia.

—La estructura de la cama es preciosa, ¿de dónde la has sacado?

—Era la cama de mis abuelos. Si te fijas: aquí están sus iniciales. Yo mismo la restauré. —Se tiró sobre el colchón y me hizo un gesto para que me acomodara a su lado.

—Veo que tu abuelo sigue presente en todas tus cosas.

—Era de mis abuelos maternos, ellos eran los dueños de esta casa. Él era pescador.

—Me gusta ese vínculo tan especial que tienes con tu familia: es envidiable. Seguro que serás un buen padre.

—Y tu una buena madre, pero aún tenemos que disfrutar mucho tiempo solos.

—Me alegra saber que quieres tenerlos.

—Contigo quiero tener de todo, hasta un papagayo si hace falta.

—¿Estás comparando tener un hijo con tener una mascota?

—No, estoy diciendo que si fueras amante de las serpientes aceptaría que tuvieras una pitón con tal de hacerte feliz. Y que tener un hijo contigo, cuando toque, será el acto de amor más puro que dos personas pueden tener.

Me acurruqué junto a él y, aunque claramente Leo tenía más intenciones de mancillar su cama pubescente que dormir la siesta, me negué en rotundo. No me parecía adecuado estando sus padres abajo, no podría mirar a Amparo y a Paco después.

Finalmente caímos rendidos a merced de Morfeo y cuando abrimos los ojos la noche ya se había apoderado de la habitación.

—¿Cuánto hemos dormido? —pregunté frotándome los ojos.

Leo miró la pantalla de su móvil y dijo:

—Cuatro horas.

—Me va a dar pena marcharme mañana, aquí se está muy a gusto. Me encantan estas casas y me encantan tus padres.

—Quizá podríamos barajar la posibilidad de vivir aquí en lugar de en Londres.

—Es posible, pero creo que el mercado editorial para Leo Alberó es más potente en Inglaterra que aquí. La idea me ronda la cabeza y creo que allí podríamos dar el pelotazo con el *psicothriller*.

—En ese caso, lo estudiaremos. Y cuando triunfemos en tierras inglesas

buscaremos una casita de pescadores con la fachada amarilla para hacernos un refugio.

—Esa idea me encanta. —Lo besé con ganas.

—¿Has cambiado de idea y vas a dejar de respetar a mis padres?

—No, pero me encanta meterte la lengua hasta la campanilla y comerte a base de bien.

—No me provoques, Malena, que pierdo los papeles.

—Si pierdes los papeles me dejarás embarazada y tendremos un pequeño Enzo en nueve meses.

—¿Enzo? —me preguntó extrañado.

—Sí, tengo elegido el nombre de mis hijos desde el instituto, ¿no te gusta?

—Me encanta, todo lo que tú digas me parece perfecto. Pero vamos a levantarnos o mi madre vendrá a comprobar si aún respiramos.

El resto del tiempo que pasamos allí fue maravilloso. Estuvimos tratando de convencer a sus padres para que nos acompañaran a Madrid y pasaran unos días con nosotros, para luego asistir a la presentación de Leo, pero Amparo no quería restar protagonismo a su hijo y ser el foco de atención. Prefería que Leo brillara con luz propia y que yo le mandara algún vídeo del evento por *wasap*.

Así que, el domingo por la tarde, los cuatro nos despedimos de Amparo y Paco, cargados hasta las cejas de *tuppers* de comida casera. Sentí mucha pena al ver alejarse sus figuras, diciendo adiós con la manita, cuando salimos de aquella pintoresca calle. Había sentido el calor de un hogar y una familia como la de Leo, y estaba deseando volver pronto al abrigo de esa suegra que haría el papel de madre para mí, estaba segura de ello.

EL CHICO DE ORO

AQUELLA TARDE NO ESTÁBAMOS COMO PARA PARTICIPAR en una competición de carreras con flanes. Las manos no querían estarse quietas. Las bocas no dejaban de hablar. Gritos histéricos. Carreras atropelladas. Teníamos un circo montado en el piso de Andrea, donde habíamos decidido reunirnos para vestirnos todos juntos como universitarios antes de la fiesta de su vida y mojarnos las gargantas con un buen Moët & Chandon. Y desde que se había marchado Reyes hacía un rato estábamos al borde del infarto, y no era para menos. En solo una hora teníamos que estar todos divinos de la muerte y de cuerpo presente en el Hotel Miguel Ángel, el mismo escenario que se había usado para la presentación de la biografía de Felicia Braga, y que había presenciado a su vez el principio de nuestra historia, allá por los albores del otoño. También habría una banda tocando en directo y en esta ocasión, por deseo expreso de Lisa Novak, sería la de Los Mataos, solo que Leo no oficiaría de bajista de turno y un colega suyo lo reemplazaría en sus funciones.

De nuevo me decidí por un total *look* del gran Elie Saab. Esta vez de la colección de invierno y más acorde con el clima que ya campaba de lo lindo en Madrid. El frío ya se había apoderado de las calles de la ciudad y estábamos rozando los tres grados por las noches. Parecía mentira que hubieran pasado tres meses desde que puse el pie por primera vez en Century con un vestido veraniego. Habían pasado tantas cosas desde entonces que difícilmente podrían resumirse en un libro de quinientas páginas, o eso pensaba yo. Y sobre esto ya os contaré más adelante.

Me planté frente al espejo y me miré con ojo clínico, ladeando la cabeza. La flor de seda, que había colocado Reyes como guinda de pastel al lado del moño bajo, que me había hecho en un santiamén con sus habilidosas manos, me rozó el hombro cubierto apenas por el plumetis negro, que me cubría todo

el cuerpo y caía con vuelo sobre otra falda de piel que luego subía ceñida hasta mis pechos en una especie de corsé bordado en el frontal con un gran motivo floral en tonos azules y morados. Había elegido ese diseño porque siendo de alta costura tenía cierto aire roquero y sabía que sería muy del agrado de Leo. Lo que no tenía claro era si él sería capaz de aclararse, con los veinte botones que cerraban la espalda, a la hora de quitármelo, cuando llegásemos a nuestro pisito en Malasaña, donde pensábamos culminar su puesta de largo en el mundo editorial por todo lo alto. Y cuando digo alto, me refiero a muy muy alto.

La puerta se abrió de golpe. Era Leo. Ya no se molestaba en llamar como hacía antes para avisar, ahora simplemente entraba llenándolo todo con su presencia. Lo miré en el espejo y, pese a que debería estar más que acostumbrada a lo guapo que podía llegar a estar, de nuevo mi mandíbula cayó al suelo. En cuatro zancadas se puso detrás de mí y me rodeó la cintura con sus brazos. Nuestros ojos se encontraron en el reflejo y ambos sonreímos.

—Decirte que estás preciosa sería quedarse muy corto —dijo con sus preciosos ojos castaños fijos en los míos.

—Decirte que hoy vas a quemar las bragas de una multitud de mujeres sería ser muy sutil.

—No me importa las bragas de esas mujeres —me replicó con una sonrisilla.

—No mientas, bellaco. ¿Acaso cuando escribes esas escenitas subiditas de tono no estás pensando en ponerlas al borde de un ataque calenturiento de bajos?

Leo echó la cabeza hacia atrás y estalló en una de sus grandes carcajadas por respuesta.

—No te rías, canalla, que te voy conociendo ya bastante y sé que te gusta ponerlas como motos.

Se encogió de hombros sacudiendo negativamente la cabeza.

—Si lo sabré yo —le espeté—. A ver que te vea.

Leo me soltó y me di la vuelta, retrocedí un par de pasos para tener una perspectiva completa y silbé.

—Este Reyes sabe lo que se hace —afirmé orgullosa. Nadie lucía los trajes tan bien como Leo, con ese aire informal y macarrilla suyo que me llevaba por la calle de la locura.

—¿Tú crees? ¿El pelo suelto —se lo atusó con la mano y sentí mis braguitas en fase uno de ignición— no es demasiado agresivo?

—Pero ¿desde cuándo eres tan presumido? —le regañé, arreglándole el cuello de la entallada camisa negra, cuando lo que en realidad me apetecía era arrancársela del cuerpo, pero tuve que hacer un acopio de todas mis fuerzas para no tirarme encima y dejarlo en pelotas en menos que canta un gallo. No era momento para ello y sería una pena estropear el trabajo de Reyes, que fiel al gusto de Leo había optado para esa noche por un *total look black*, salvo unos *slippers* de *glitter* azules de lo más llamativos, que le daban un talante muy *cool* y *chic*.

—Desde que tú entraste en mi vida y quise impresionarte. Son unos Jimmy Choo —dijo, levantando un poco el pie, notando que mi vista se había quedado parada en sus zapatos.

—Pues lo has conseguido de sobra.

—¿Estás lista? —Me ofreció la mano.

—Contigo al fin del mundo. —Me apreté contra su costado, pasándole el brazo por la espalda.

—¿No llevas abrigo?

—Sí, espera. —Me aparté y fui a ponerme la chaqueta de piel negra que Leo me había regalado para el concierto.

—¿No tendrás frío solo con eso?

—No pienso separarme de ti y tú eres como una estufita: das mucho calorcito. —Me apreté de nuevo a él, restregándome un poco, y subí el rostro. Leo bajó la mirada. Nuestros labios se encontraron a mitad de camino.

—¡Ya está bien de festejar y vámonos! —Marco nos gritó desde la puerta.

Él también andaba bastante nervioso. Sabía que habría bastante gente VIP en el evento y Reyes le había dicho que no solo iban a disfrutar de la fiesta, que lo suyo era hacer negocios de paso ya que estaban.

Andrea se posicionó a su lado y le dio un codazo.

—¿Por qué me pegas? Puedo denunciarte por agresión.

—Eso no me lo dices en la intimidad. —Arqueó las cejitas un par de veces y le atizó con la mano el culo. Marco volvió a quejarse antes de agarrarle la mano y de un solo movimiento echarle la espalda hacia atrás y besarla en plan película clásica. Qué pareja. Eran tal para cual.

Nos metimos los cuatro en la limusina Hummer que Century había contratado para nuestro traslado, y entre codazos, risas, grititos, algún alarido que soltó Marco cuando el pie de Andrea le golpeó el ojo de forma accidental, y una

petaca de ron que nos íbamos pasando de mano en mano, llegamos al hotel.

Esta vez, a diferencia de la noche de la presentación del libro de Felicia, la prensa había difundido a tope el evento y una multitud de fans de Lisa Novak, ataviados con camisetas con su foto, abarrotaban la puerta con pancartas y ejemplares de sus novelas en alto. El coche se detuvo ante el cordón de seguridad, y la masa enmudeció de golpe cuando el chófer bajó de la limusina, para exaltarse poco después con vítores y aplausos, en cuanto Leo puso uno de sus *slippers* fuera del vehículo. Lágrimas de emoción se me agolparon en los ojos al apreciar aquel cálido recibimiento. Sentía mi cuerpo palpitando a mil por hora por la adrenalina del subidón momentáneo.

Leo levantó los brazos a modo de saludo y sus fans rugieron haciendo temblar el suelo, luego extendió la mano hacia mí para ayudarme a apearme y me sonrió infundiéndome confianza. Andrea y Marco salieron por el otro lado y se colocaron junto a nosotros y por un momento no supimos qué hacer. Los cuatro plantados frente a la fachada del hotel y toda esa gente gritando, haciéndonos fotos e intentando alargar los dedos para tocarnos.

—Me siento como Madonna —Andrea fue la primera en decir algo.

—Y yo —corroboré, agarrándole la mano a mi amiga—. ¿Entramos? —dije para ver si nos hacíamos a la idea, pero en ese momento, Leo se separó de nosotros y se acercó al límite del cordón para saludar de cerca a sus fans, que lo recibieron con abrazos, tirones y sobeteos varios.

Parecía estar en su salsa recibiendo sus muestras de cariño y algo más (ahí había mucha intención de pillar cacho) con la más grande de sus sonrisas esbozada y firmando ejemplares de novelas suyas que le iban pasando entre *selfie* y *selfie*.

—Míralo, Andrea, hemos creado un divo —me burlé, mirando cómo posaba para una foto.

—Buen trabajo, socia. Esta noche Leo está que quita el *sentío* con un golpe de melena y se merece todo este reconocimiento y mucho más. Pero como vea a esa pelirroja pellizcarle el culo otra vez, le arranco la cabellera de cuajo —bromeó mi amiga, entornando los ojos en dirección de la misma.

—Si no lo haces tú, lo haré yo —dije, viendo que la pelirroja en cuestión volvía a alargar la mano para sobar el trasero de acero de mi chico.

Decidimos entrar en el hotel y dejar a Leo disfrutar de su momento. Al igual que la otra vez, unos azafatos de riguroso negro nos indicaron que la presentación tenía lugar en los salones Médici y allí nos dirigimos los tres. Nada más entrar nos recibió un *photocall* de tamaño titánico con la imagen de

Leo con un ejemplar de la novela que presentaba en las manos ocultándole media cara. Según dijo la fotógrafa era una metáfora al estatus de la autora que se descubría al mundo. Estaba realmente guapo. Sus ojos fijos en el objetivo parecían de metal fundido y brillaban con picardía. Esa imagen representaba muy bien la esencia de Leo, que el día de la sesión fotográfica había acudido al estudio con el largo cabello ondulado recogido en un moñete y vestido de un modo informal con vaqueros negros desgastados y una camiseta de Jimi Hendrix. Allí le habían hecho un sinfín de fotos en varias posturitas, algunas en plan intelectual y otras no tanto, con su bajo (entiéndase aquí: instrumento musical) en mano y la melena al viento, y que luego se usarían para los distintos actos de promoción.

Paramos para hacernos algunas fotos para la prensa asistente y luego nos mezclamos con los invitados. No tardé mucho en dar con Esther. Estaba al lado de Carlos, tan elegante como siempre, con un conjunto rojo de blusa y pantalón de pata de elefante, seguramente de Carolina Herrera. En cuanto me vio, le habló al oído a su marido y vino hasta nosotros. Su sonrisa no podría ser más amplia. Parecía feliz y me alegré por ella. ¿Quién era yo después de todo para cuestionar sus decisiones?

—Buenas noches, Malena. Estás guapísima —me saludó con unos afectuosos besos en las mejillas, mucho menos comedidos que la primera vez que nos vimos en este mismo lugar.

—No tanto como tú. Te veo muy bien.

—No me quejo. ¿Quiénes son tus amigos? —apartó la vista para mirar a Andrea y Marco, que a mi lado estaban dando cuenta de unas copas de cava.

—Tengo el placer de presentarte a mi mejor amiga, Andrea, y a Marco, el hermano de Leo.

Abrió los ojos, gratamente impresionada al escuchar mis palabras, y se acercó a ellos para saludarlos, con dos besos a Andrea, y con un apretón de manos a Marco.

—Es Esther, la mujer de Carlos, y próxima top ventas de romántica —la presenté con orgullo y ella agrandó aún más la sonrisa.

Luego les regaló un poco los oídos, comentándoles lo encantada que estaba de conocerlos en persona y tras unas palabras más de cortesía, volvió a dirigirse a mí:

—Debo decirte, Malena, que me has impresionado mucho y para bien con el trabajo que estás haciendo con *Háblame de ti*.

—Tampoco es para tanto —dije, quitándole importancia a la corrección

de estilo con la que había estaba trabajando la última semana.

La materia prima era ideal, pero le faltaba un pequeño toque para ser superior. Le había insinuado que podría hacer algo para darle más calidad literaria y ella había recibido mi ayuda con gusto, asegurándome que era libre de hacer lo que quisiera, pero que quería ir revisando progresivamente mi corrección. Desde entonces hablábamos a diario por teléfono, pero nunca de asuntos personales. Y pese a que me picaba bastante la curiosidad por saber qué tal le iban las cosas con Carlos, me abstuve todas las veces de preguntarle nada.

—No seas modesta, Malena. Eres fantástica. Y Carlos fue muy tonto al no ver que tú eres una gran profesional. Debió contratarte como editora junior en cuanto te tuvo delante.

—Bueno, ya sabes que tenía otros planes para mí —lo excusé entre risas.

—Y debo reconocer que ahí sí que estuvo muy astuto mi maridito — afirmó con un guiño de ojo.

Seguimos hablando un rato más hasta que Leo llegó. Estaba exultante de felicidad y se le notaba: su rostro brillaba. Los ojos le chispeaban. Las manos le bailaban por los nervios y tuve que parárselas porque un par de veces estuvo a punto de sacarme un ojo con sus largos dedos. Esos largos dedos que yo apreciaba tanto.

—¿Estás nervioso?

Resopló fuerte y respondió:

—Lo estoy y mucho.

—Tranquilo, lo harás muy bien.

En ese momento, Robe vino hacia nosotros. Esther ya se había marchado a saludar a unos conocidos, y Andrea y Marco andaban con Reyes, que había llegado poco antes entre grititos agudos y una marabunta de piquitos dejados caer por las mejillas de todos los presentes, entremezclándose entre los invitados y haciendo contactos para la joven promesa de las pasarelas.

—Hola, Malena —me saludó, tímido, tocándome el hombro, luego dirigió la mirada a Leo y le ofreció la mano—: Hola, Leo. Felicidades.

Leo le miró la mano y, con una sonrisa esbozada, soltó la mía para estrechársela.

—Gracias. Eras Roberto, ¿verdad?

Robe asintió y se apresuró a añadir:

—Espero que la portada sea de tu gusto. Siempre nos cuesta mucho dar con ella.

Leo abrió los ojos sorprendido y dijo:

—¿Tú eres Roberto Sarasola?

Robe asintió y sonrió. Parecía un poco avergonzado, pero yo no sabía el porqué.

—Me gusta mucho.

—Me alegro. Quería decirte que me desagrada mucho el modo en el que nos conocimos.

Leo se encogió de hombros y carraspeó.

—No pasa nada, tío, lo pasado, pasado está. No hay que darle más vueltas a los asuntos que no tienen importancia.

—Gracias, Le-tío —Robe se esforzó por seguirle el colequeo.

—De nada. Ya pasó —respondió Leo pasándome el brazo por detrás de la cintura y apretándome contra él.

Robe levantó la mano e hizo el amago de añadir algo más, pero volvió a bajarla y se quedó callado. Por unos segundos hubo un silencio incómodo entre los tres, hasta que la voz de Reyes lo rompió de golpe. Con las manitas en posición muerta en alto y mirando fijamente a Robe se plantó delante del mismo y gritó:

—Pero, mamasita, ¿quién es este pedazo hombre? —Al punto husmeó el aire como si Robe estuviera envuelto por una nebulosa de feromonas y suspiró.

Me vi obligada a presentárselo, a pesar de que la presencia de Robe me estaba incomodando un poco:

—Reyes, te presento a Roberto Sarasola, es diseñador gráfico en Century.

—Ro-ber-to —el estilista suspiró las sílabas con arrebatamiento—. Eres un diioos grieeego.

Robe me miró por un segundo un tanto acojonado, pero enseguida cambió la expresión y deslumbró aún más a Reyes con una de sus fantásticas sonrisas, y presumiendo de antemano la inclinación sexual del mismo, optó por posar un par de besos en sus descarnados carrillos.

—Tú y yo somos almas gemelas —dijo Reyes con adoración.

—¿Tú crees? —dijo Robe sin borrar la sonrisa.

—Estoy seguro. Yo diseño en las personas y tú lo haces en la infografía —le respondió con los ojos entornados y los morritos hacia fuera.

—¿Por qué no me cuentas un poco mejor qué es eso de diseñar en las personas?

—Por supuesto. Pero solo si te tomas un copazo conmigo.

Leo y yo estábamos presentes mientras estos dos mantenían esta conversación, intercambiando miradas, divertidos, por el rumbo que estaba tomando la misma: era obvio que Reyes quería llevarse al huerto a Robe, pero conociendo yo a Robe como lo conocía, no le iba resultar fácil, por no decir que era algo bastante improbable en este universo. Con la excusa de tener que hablar con alguien nos lo dejamos en pleno cortejo del pavo real.

Poco después, Carlos se acercó para llevarse a Leo. Era el momento de hacer la presentación oficial de Lisa Novak. Subieron al estrado junto a otros pesos importantes de Century y tomaron asiento tras la mesa. Sabía que estaba nervioso por el gesto de su mano enroscándose la punta de la barba, pero también sabía que no tenía motivos para estarlo. Habló primero Carlos: comentando con gran saber estar las circunstancias del anonimato de Leo sin desvelar apenas nada y luego le pasó la palabra a Lisa Novak, detalle que provocó la risa del público y del mismo Leo.

Empezó un poco nervioso, pero, tras un par de carraspeos y un traguito de agua, por fin arrancó, y decir que estuvo bien sería quedarse muy corta. Qué labia tenía mi chico, por Dios. Era un virtuoso de las palabras y no podía ser de otro modo. Todos los presentes quedamos hipnotizados durante el discurso, pero es que su voz invitaba a ello. Parecía que, al entrar por tus oídos, te acariciaba sinuosa la mente, igual que cuando leías alguna de sus novelas: te atrapaba de un modo irremediable. No podría estar más orgullosa de él. Tenía hasta congoja de tanta felicidad acumulada en el pecho. En algún momento escuché a Andrea decirme que dejara de babear o necesitaríamos un barreño, pero le arreé un codazo y así la mandé callar.

Cuando el aplauso tras sus palabras enmudeció, Leo bajó del estrado y fue rodeado de inmediato por un grupo que me impidió abrazarme a él, pero sabía que era su momento y que lo mío debía esperar. Poco a poco los invitados fueron saliendo al jardín, donde se había preparado un pisolabis amenizado con rock, y los tres nos dirigimos hacia la carpa siguiendo el sendero de farolillos blancos.

Los Mataos ya estaban tocando *Crazy* de Aerosmith y la gente con copas en las manos charlaba animada en grupitos. Carlos y Esther estaban en uno de ellos cerca de la mesa de canapés. Me extrañó ver a Natalia junto a ellos, sonriendo y parlotando como si allí no pasara nada. Imaginaba que para Esther no sería plato de buen gusto ponerle buena cara a esa arpía después de saber que su marido se la había estado pegando con ella. Pero alabé su saber estar y sobre todo su profesionalidad, yo, en su lugar y siendo hija de su

padre, la hubiera puesto de patitas en la calle sin pensármelo dos veces, pero Natalia era una pieza importante en el engranaje de Century y Esther era muy conocedora de ello.

Me di la vuelta y entonces lo vi. Lo vi a ÉL. Destacando entre los demás, por su altura, su salvaje pelo y su fuerte presencia, se acercó con largas zancadas. Por un momento imaginé cómo la gente abría un camino entre los dos como si fuera el Mar Rojo separándose para dar paso a los hebreos. Cuando estuvo a mi lado, me acarició la mejilla y tras posar un beso en mis labios, me susurró:

—Te debo mi vida.

—¿Estás loco? Yo sí que te debo mi vida.

ALTO TAN (ESTÚPIDO) ESTUPENDO COMO EL AMOR

LA PRESENTACIÓN FUE TODO UN ÉXITO y los fans que aún seguían congregados en la puerta, a petición de Leo, fueron invitados a entrar y pudieron comprar en primicia los primeros ejemplares para que *la autora* se los dedicara. Estuvo más de una hora firmando libros, y en algunas ocasiones requerían de mi presencia para alguna foto con la que alimentar sus redes sociales.

—Sois geniales, chicos, la pareja estrella del año. Nos habéis hecho volver a creer en el ser humano y en el poder de amor —nos dijo una señora emocionadísima, abrazando el libro de Leo y suspirando.

—No creemos que seamos para tanto, solo somos dos personas corrientes que se quieren, nada más —dije yo.

—Créeme que lo sois, hasta venden camisetas de Leo y Malena en vuestro club oficial de fans.

Lo del club oficial de fans nos pilló por sorpresa, pero la señora nos pasó el mail de la presidenta para contactar con ella.

—Me duele la mano de tanta firma, no estoy acostumbrado a escribir con boli tanto rato —me dijo Leo al oído.

—No te quejes. Esta gente te idolatra y ya solo quedan quince personas. —Lo besé en la mejilla y me alejé para que terminara aquella firma en exclusiva.

Me acerqué a la barra, Andrea y Marco estaban allí sorbiendo un coctel de color rosa.

—¿Cómo lo estáis pasando? —les pregunté, apoyándome en la barra para descansar uno de mis doloridos pies.

—De maravilla. Pídete uno de estos, sabe a frigo dedo —me dijo Andrea levantando la copa.

—¿A frigo dedo?

—Sí, ese helado de nuestra infancia. ¿No lo recuerdas?

—Perfectamente, pero no sabía que se habían puesto de moda los cócteles con ese sabor.

—¿Has visto a tu *máquina* con Reyes? —Andrea me dio un codazo y me señaló con la vista a Robe y a Reyes, que estaba muy pero que muy pegado a mi pseudoex.

—Solo están hablando. Le estará pidiendo consejos sobre depilación — comenté mientras captaba la atención del camarero; quería probar aquel cóctel tan molón.

—Sí, sí, hablando.

—Yo creo que están ligando. Reyes se ha pasado la noche dando grititos cuando pasaba por nuestro lado —intervino Marco divertido con la situación.

—A ver, Robe es hetero, pero no un hetero normal y corriente, es un hetero nivel supremo. Es *el Máquina*. —Alcé las cejas enfatizando el alias.

—¡Pues la máquina está perdiendo aceite y Reyes está a puntito de resbalarse y caer encima de toda su boca! —exclamó Andrea justo en el momento en el que esos dos se besaban como dos damiselas en los labios.

—Pero... —Las palabras se quedaron atascadas en mi boca.

—De todos es sabido que, si muere una lesbiana, el universo manda ondas magnéticas de cristobita y reemplaza al maricón en cuestión, en este caso a mí. Y le ha tocado a *el Máquina*. Robe cero, universo uno.

—¿Qué narices es cristobita? —dijo Marco frunciendo el ceño.

—Ni pajolera, pero quedaba bien en la frase. —Andrea se giró hacia mí y me golpeó suavemente la espalda—. Malena, ¿estás bien?

—Sí, pero... Lo que pasa es...

—Lo que pasa es que te ha dejado loca del *coñer* total, y es normal. Se te ha caído el mito, pero alégrate: Reyes va a poder disfrutar de ese pedazo de macho y todo queda en casa.

—Si me alegro por ellos, pero de Robe habría pensado cualquier cosa menos que fuera gay.

—Todos llevamos una pedazo de folclórica dentro, no es de extrañar.

—Yo no soy ninguna folclórica —protestó Marco.

—¿Ah, no? Espérate a que Dolce & Gabbana te pida la imagen para un anuncio de perfume y verás si aflora el Falete que llevas dentro —le dijo Andrea a su joven novio.

Me fijé entonces en que Reyes había dejado solo a Robe y me disculpé

con mis amigos, quería hablar con él.

—Hola, Malena —me dijo sonrojándose en cuanto me posicioné enfrente.

—No vengo a pedirte explicaciones, o tal vez sí... Os he visto.

—Lo imaginaba. Lo siento, lo siento, Malena.

—No tienes nada que sentir, tan solo me sorprende. Siempre te he visto tan condescendiente con las mujeres que jamás me hubiera imaginado que también te gustan los hombres.

—Lo cierto es que siempre me han gustado, quizá el que deba de pedirse disculpas a mí mismo sea yo. Me he estado autoengañando y haciendo daño a gente que no lo merecía. Y me siento idiota de haber ido a pedirte una oportunidad y afortunado de que me rechazaras. Mis padres... ya sabes cómo pueden llegar a ser —hizo una pausa y yo asentí— no aprobarían lo que soy. Supongo que necesitaba una mujer florero para poder tapar esa doble vida que he llevado durante mucho tiempo. Gracias por abrirme los ojos y, no solo a mí, a mucha gente.

—No me tienes que agradecer nada, pero no te negaré que me fastidia que quisieras utilizarme.

—Te pido disculpas por eso.

—Las voy a aceptar por la valentía que has tenido al besar a Reyes delante de toda esta gente. Te deseo lo mejor.

—Y yo a ti.

Una semana después Leo estaba haciéndose las maletas; tenía una firma de libros en Barcelona. Era la primera vez que íbamos a estar separados y había sido una decisión propia. Él me había pedido que lo acompañara en el viaje y yo había dicho que no. Quería darle su espacio y yo también necesitaba el mío, pero no penséis mal, solo espacio del bueno, del que necesita toda pareja para no dejar de ser un ente individual. Le vendría bien y a mí también. Aunque sobre lo de privarme de mi sesión diaria de sexo durante setenta y dos horas tenía mis dudas. Me había vuelto demasiado adicta a las carnes de Leo.

Me contoneé por la habitación en bragas y sujetador y le lancé una miradita sensual esperando una respuesta positiva por su parte: mi dosis de hoy no me la quitaba nadie. Teníamos tiempo. Leo, que no es tonto, me vio venir de lejos. Me agarró las caderas y me tiró sobre el colchón, cubriéndome la boca, cuello, escote y cintura de besos mientras las braguitas desaparecían

como por arte de magia de mi cuerpo. ¿Cómo era eso posible? No lo sé. Pero Leo tenía ese superpoder y también el superpoder de tenerme a punto de caramelo con solo rozar su lengua sobre mi sexo. Gemí y Leo la hundió en mí, rodándola contra las paredes haciéndome gritar del gusto. Le supliqué que parase o me correría irremediablemente. Me mordió el clítoris antes de darme la vuelta y empujar. Su polla entró sin resistencia y mi cuerpo la absorbió palpitando.

Sus jadeos se perdían en mi cabello. Mi cabello volaba sobre la cama. La cama gruñía bajo nuestros cuerpos. Nuestros cuerpos se encajaban y se desencajaban en un compás salvaje. Salvaje fue el grito que solté cuando mi sexo vibró estallando. Estallando Leo se dejó caer vencido sobre mí. Mi respiración se fue calmando. Su respiración seguía entrecortada mientras me susurraba un «te quiero». Un «te quiero» le susurré yo.

—Voy a echarte de menos —le dije poco después. Tumbada sobre la cama le observaba cerrar la maleta.

—No.

—¿No?

—No te dejaré. Voy a meterme en tu cabeza y voy a estar contigo todo el tiempo. —Me sonrió misterioso, luego se acercó a su escritorio y abrió un cajón. Sacó un taco considerable de folios y me lo puso en la mano con ceremonia. Miré hacia allí: la primera página estaba en blanco y le pregunté:

—¿Y esto?

—Mi novela. La que llevó escribiendo desde que te conocí.

Abrí los ojos como platos y nerviosa la ojeé por encima.

—¿Y el título?

—Todavía no tiene. He pensado que podrías echarme una mano con eso.

—Es un honor que me lo pidas. Y la verdad es que ya tengo uno y muy bueno, además —me reí.

—¿No me digas, listilla? —Se sentó a mi lado y me acarició un mechón de pelo.

Asentí y arqueé las cejas.

—¿Y piensas decírmelo?

—Solo si pagas prenda primero.

Leo negó con la cabeza y me besó como si fuera acabarse el mundo en dos minutos.

—¿Suficiente?

—Nunca tendré suficiente, pero me doy por satisfecha.

—¿Me lo dices o qué?

—¿O qué... o qué... o qué me vas a hacer? —le vacilé.

—Te follaré sin protección y te haré un Enzo —me amenazó y yo me reí.

—A ver... si no te gusta no pasa nada, pero creo que *Algo tan estúpido estupendo como el amor* sería un buen título, sea lo que sea que hayas escrito en estas... ¿cuántas páginas?

—Quinientas y... —entornó los ojos—... me parece un título fantástico y que le va a la perfección a nuestra historia. Nuestra historia es estupenda y mágica —añadió, abrazándome con fuerza.

—Yo creo que lo mágico eres tú.

EPÍLOGO

by Andrea Orozco

DURANTE TODO EL TIEMPO que duró la rocambolesca historia de amor de mi amiga Malena, yo me vi inesperadamente envuelta en una vorágine de sentimientos difíciles de digerir. Y es que yo, Andrea Orozco, me había declarado lesbiana oficialmente a la edad de quince años, cuando vi un capítulo de reposición de *Los vigilantes de la playa*. Pamela Anderson, moviendo, como dos bolas antiestrés, su flamante pecho, corriendo por las playas de Malibú, encendió todas mis alarmas. Y me declaré fan absoluta de la anatomía femenina. Por aquel entonces, me conformaba con ver fotitos subidas de tono de alguna modelo en las revistas y me pasé el último curso del American School suspirando por Cristina Rocamora, una *pijipi* rubia de ojos verdes a la que la naturaleza le había dotado de unos buenos melones. Pero nunca se fijó en mí; prefería las porras a las almejas de carril. Y yo, en toda mi pubescencia y con las hormonas montando una *rave* permanente en mi tiroides, solía observar cómo se morreaba con el delantero pichichi de colegio, soñando que ese chico era yo y que Cristina Rocamora me metía la lengua hasta la campanilla.

Cuando nos graduamos y pasé a la universidad, mi campo lésbico-curioso se abrió y pude probar la dulce miel del sexo entre dos féminas. Y sucumbí a varios amores a la vez, incluso cuatro, combinando horarios y corriendo por los pasillos de la residencia estudiantil con la lengua fuera, hasta que me pillaron.

Recuerdo el guantazo que me dio una de ellas en medio de la cafetería, mis orejas bailaron una rumba catalana. Pero, lejos de arrepentirme de aquello, me sentí orgullosa. Habían sido muchos años de represión y la universidad me aportó un poco de libertad fuera de los confines de la casa Orozco. Casa en la que se me presentaba, día sí y día también, un pijo repeinado con polos Ralph Lauren rosas. Mi madre, imitando el comportamiento de todas las mujeres florero de la alta sociedad madrileña, se veía en la obligación de buscarme un novio con potencial de marido. Y no solo era una obligación moral como madre, realmente era su trabajo, instruir y trasladar el buen nombre de la familia a sus hijos. Pero les salí rana y acabaron aceptando que era una desviada, así lo decían ellos con un claro tono despectivo. Mi padre, en vista de que en casa no hacía más que entorpecer las magníficas fiestas con mis atuendos modernos y despreocupados y que le cucaba el ojo a todas las bellas hijas de sus ricachones amigos, decidió entregarme las llaves del pisito en Castellana, para que viviera mi libre albedrío y no ensombreciera el glamur y la honorabilidad de los Orozco.

Ahí es cuando mi verdadera personalidad acabó de aflorar del todo, y no solo en el terreno psicosexual, también en el artístico. Y como artístico me refiero a toda clase de expresión creativa, como la decoración, restauración, alfarería, pintura, baile... Cualquier cosa que requiera mucha concentración y creatividad es mi fuerte, de ahí que me gustaran las mujeres. Para hacer sentir a una mujer altas dosis de placer es necesario ser creativa, paciente, delicada y tener buen gusto a la hora de acariciar tan bella obra de arte.

Pero... siempre hay un pero, un pero limonero en mi caso... Y es que la entrada de un hombre a mi vida, y en especial a mi casa, hizo que mi curiosidad innata quisiera saber más sobre ese ser de tres patas. Por suerte ese es el caso de Marco, porque menudo trabuco se gasta el niño.

Cuando vi a Sara y Marco besarse en el concierto de Leo me entró una cosita por el cuerpo que me dije: «Andreíta comete el pollo». Y vaya que me lo comí. Aquello del trío no estaba del todo mal. Nada mal, a decir verdad. Podía combinar algo que me gustaba con otra cosa que me podía acabar gustando. Y tanto que me gustó. Me gustó tanto que me enamoré como una tonta... ¡de un hombre! Y es que, en resumidas cuentas, las personas nos enamoramos de personas, sin pensar qué es lo que tienen entre las piernas. Es la psique del ser humano la que nos llega al corazón y la que nos hace ver que ese otro humano es la persona que nos llena la vida de gozo.

Y Marco, a pesar de su edad, me complementa como un buen bolso de Max Mara. Y su historia de superación (entre nosotros no hay secretos) me llegó al fondo del corazoncito, ese que a veces parece que no tengo. Marco era para mí. Era la persona que el destino quiso poner en mi camino y la que, por ende, me devolvió el beneplácito de mis papis queridos.

En esos días, ya sabéis, Marco empezó una carrera como modelo, carrera a la que yo desde un principio no le veía futuro, e incluso me incomodaba. La idea de que ese mundillo lo volviera a descarrilar no me atraía mucho. Pero Reyes, amigo mío desde tiempo inmemoriales, estuvo al tanto de mi chico, puesto que yo conversé con él un par de veces sobre el asunto y me juró y perjuró que vigilaría de cerca a Marco, y a la mínima que viera que se salía del tiesto acabaría con aquel proyecto de modelo.

Pero todo salió a pedir de boca y ahora, a dos años vista de todo aquello, triunfa entre los diseñadores de moda, protagonizando campañas a nivel internacional, haciéndome sentir orgullosa y feliz.

Y por eso y por muchas cosas más, incluso me ha rondado por la cabeza pasar por vicaría. Yo, la libertina por antonomasia, la antisistema con visa oro, pensando en plantarse un velo y casarse, casi una locura, ¿verdad? Me he imaginado tantas veces conduciendo un Volvo con tres niños detrás cantando a lo *Sonrisas y lágrimas* que hasta he pedido cita con mi psiquiatra. Algo muy raro me está pasando. Pero ese algo es estupendo, tan estupendo como el amor.

OTROS TÍTULOS CHICK BOOK

Corazones a medida – Desiree Cordero

Un vaquero leal – Tess Curtis

Sin Alas – Andi Cor

Wrap it – Abril Ethen

Un vaquero de ojos verdes – Tess Curtis

Ni conmigo ni sin mí – Nina Minina

Una salchicha muy viva – Nina Minina

¿Viernes o te vas? – Nina Minina

Alicia en el país sin wifi – Nina Minina

Un vaquero atormentado – Tess Curtis

Cómeme mejor by Caperucita Golfa – Natalia Olmedo

Algo tan (estúpido) estupendo como el amor – Nina Minina

Los ojos del diablo – María R. Box